



David Cilia Omos, Enrique  
Gonzalez Ruiz

Testimonios de la  
Guerra Sucia en  
México

# **Testimonios de la guerra sucia**

David Cilia Olmos  
Enrique González Ruiz  
México, Noviembre de 2005

## Coedición:

 <p><b>Editorial Tierra Roja</b></p> <p>Guanajuato 53, colonia Roma México, D. F. Teléfonos 5789 3246 Correo electrónico <a href="mailto:huasipungo@starmedia.com">huasipungo@starmedia.com</a></p>	<h1>Situam</h1>
--	-----------------

Primera edición Noviembre del 2005

D. R. © 2005 Derechos Reservados por Editorial Tierra Roja

ISBN

Diseño de portada: **Lara Romo**

Impreso y hecho en México.

# Índice

Presentación	3
Agradecimientos	8
Luz Aguilar Terrés	10
José Luis Moreno Borbolla	18
Mario Álvaro Cartagena López	26
Bertha Alicia López García	32
Eladio Torres Flores	38
Irineo García Valenzuela	53
Notas	72



## Presentación

**D**urante la segunda mitad del siglo 20 se estableció en México un gobierno contrario a los principios que establece la constitución política. No hubo en aquel entonces un solo derecho establecido en las garantías constitucionales que no fuera violado constante, sistemática y masivamente por el gobierno mexicano.

Las grandes movilizaciones mineras, campesinas, de maestros, médicos, o ferrocarrileros, que se sucedieron para lograr la restitución de los derechos ciudadanos, fueron reprimidas mediante el asesinato selectivo de sus dirigentes y las golpizas o masacres colectivas. El gobierno mexicano puso “fuera de la ley” las ideas, libros, publicaciones y organizaciones que no le rendían pleitesía incondicional. Las cámaras de Diputados y Senadores se convirtieron en catervas de ejecutores incondicionales de las órdenes del “Señor Presidente”. Diputados y senadores hicieron de las cámaras un trampolín político para colocarse en puestos importantes dentro de la estructura facciosa que había usurpado el poder. El llamado “Poder Judicial”, no era más que la suma de abyectos personajes que no tenían nada que ver con la justicia, salvo que medraban y se hacían millonarios bajo su nombre. Las elecciones fueron convertidas en una farsa ridícula que nadie en su sano juicio creía, pues todo mundo sabía que quien designaba al próximo presidente, a los gobernadores, diputados, senadores, y hasta los presidentes municipales siempre era, en última instancia, el presidente en turno.

Y los que discreparan con esta situación, ya podían irse despidiendo de este mundo. El “mátelos en caliente” de Porfirio Díaz, palidecía frente a las órdenes que los nuevos encargados del “orden y la seguridad de la república” daban a sus matones en el ejército y la policía.

Por este motivo, durante la década de los 60’s, numerosos jóvenes que ya habían experimentado en carne propia la “respuesta” gubernamental al derecho de petición, de imprenta, de asociación, de manifestación, y que habían sobrevivido, decidieron convocar al pueblo de México para modificar,

mediante la vía armada, la forma de gobierno. Eran conscientes de que, al menos teóricamente, como lo marca la constitución nacional, *la soberanía nacional reside —o debería residir— esencial y originariamente en el pueblo y de que todo poder público dimana —o debería dimanar— del pueblo, y se instituye —o debería instituirse—, para beneficio de éste<sup>1</sup>.*

Porque el poder público, no dimanaba del pueblo, sino del dedo del presidente en turno, porque el gobierno no estaba instituido para beneficio del pueblo, sino para su dolor, y porque sabían que *el pueblo tiene en todo tiempo el inalienable derecho de alterar o modificar la forma de su gobierno*, estos jóvenes se organizaron para llamar al pueblo a la rebelión armada.

Pretendían que tan luego como el pueblo recobrara su libertad, se restablecerían la justicia y la libertad, se crearían formas democráticas para la organización de la sociedad y, los que hubieren figurado en el gobierno criminal, serían juzgados.

Al organizarse para la rebelión contra un gobierno inconstitucional que había abolido ya en los hechos la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos y había impedido el libre ejercicio de las instituciones constitucionales de la Federación, los jóvenes no hacían sino ejercer, sabiéndolo o no, un derecho plasmado en el Artículo 35 la Constitución:

*“... Son prerrogativas del ciudadano ... Tomar las armas en el Ejército o Guardia Nacional, para la defensa de la República y de sus instituciones, en los términos que prescriben las leyes...”*

Lógicamente no podían tomar las armas en el Ejército Mexicano, pues éste era uno de los instrumentos para la violación de los derechos del pueblo y sus mandos eran componentes fundamentales de la pandilla que se había hecho gobierno, así que lo hicieron en incipientes organizaciones político-militares que más tarde iniciarían el período de resistencia armada que se ha identificado como movimiento armado, movimiento armado socialista, o simplemente, *lucha guerrillera*.

Aunque el movimiento armado se extendió por todo el país y ocupó el centro de la atención nacional con, en algunos casos, espectaculares acciones, el número de muertos de ambos bandos,

que cayeron en los combates suscitados por esta rebelión, aunque muy valiosos, fueron comparativamente pocos.

Los combates protagonizados por las organizaciones rebeldes y el gobierno hoy pueden ser contabilizados. No obstante la desproporción militar, forman parte de una confrontación armada que aunque dolorosa, permitió cambios políticos que hoy podemos observar.

Sin embargo, la mayor parte de las muertes o desapariciones que datan de ese periodo, fueron cometidas fuera de combate, por agentes gubernamentales, contra personas desarmadas, inmovilizadas, en cautiverio, y que muchas veces no tenían nada que ver, ni con los combates, ni con los combatientes, sino que fueron afectadas en su vida o propiedad por ser familiares o vecinos de los combatientes, o simplemente por “estar en el lugar equivocado”. A esta represión ilegal e inhumana se le ha dado en llamar guerra sucia.

En este libro presentamos los testimonios de personas que durante ese período vivieron el secuestro e incomunicación por parte de fuerzas policíacas o militares, y sobrevivieron para contarlos.

Adentrarse en el mundo de estos crímenes de Estado en contra de la población, que por cierto, aún no terminan, es un ejercicio de disciplina. Uno tiene que soportar el conocimiento de las aberraciones que cometen los torturadores y represores cuyo objetivo es el mantenimiento de un gobierno ilegal e ilegítimo en el poder.

También debe soportar la impotencia que se siente ante la impunidad de que esos criminales continúan revestidos. Individuos como Miguel Nazar Haro, ejecutor de delitos caracterizados como lesivos para toda la humanidad, navegan hoy con bandera de inocentes o, en el peor de los casos, desmemoriados. "No recuerdan" las atrocidades que perpetraron con motivo de la *guerra sucia*<sup>2</sup>.

Estos represores de los movimientos sociales de oposición no son improvisados. Ciertamente es que la terquedad de Nazar Haro en irse a la tumba o a la cárcel con la información que posee sobre actos inhumanos contra seres indefensos, es prueba de una



patología severa, quien no tiene remordimiento y mucho menos arrepentimiento por actos tan perversos, debe ser un desquiciado, pero no se trata de un sujeto aislado, que cometió locuras al por mayor, sino de un engrane de la maquinaria del poder que se echó a andar por fuera del camino legal y humano, para exterminar a quienes considera peligrosos para su dominación política.

Las violaciones históricas del PRI-gobierno contra el pueblo son crímenes de Estado. No fueron producto de alguna ocurrencia, sino de decisiones planeadas y ejecutadas con base en la impunidad y estas violaciones no se limitaron a los oponentes políticos y sus familias. Por ejemplo, en su novela "Los Periodistas", Rubén Leñero narra cómo Luis Echeverría Álvarez amenazó a los comunicadores de la revista *Proceso*: "Si estamos desapareciendo a tantos, nada nos costaría hacer lo mismo con quince o veinte periodistas".

De ahí la importancia de este libro. Los testimonios que aquí se publican son pruebas contundentes de los métodos utilizados por los torturadores, bajo la cobertura de todo el aparato del Estado, que aún les prodiga protección y los mantiene en sus filas. Muestran a los personajes y a los hechos en toda su crudeza, o más bien, en la crudeza que es posible, porque es fácil entender que no hay narración capaz de describir a totalidad un escenario donde se practique la tortura. Esta realidad está más allá de la capacidad de descripción de quien la narra.

Con todo, lo que dicen estos testimonios basta para darnos cuenta de lo que ocurre cuando un gobierno se auto exime de cualquier responsabilidad ética, jurídica e histórica. La arbitrariedad y el autoritarismo son los padres de la brutalidad.

Sabemos de sobra que **el poder tiende a proteger al poder**. Aquella máxima de Montesquieu de que hay que dividir al poder para que sus partes se controlen entre sí, no pasa de ser un buen deseo. Los poderes judicial y legislativo no acotaron en su momento al poder "ejecutivo" sino que fueron sus cómplices e incluso ahora, con un régimen supuestamente distinto al del PRI-Gobierno, asesinos y torturadores como José Luis Valles, Vega Memije, Rafael Macedo de la Concha, Manlio Fabio Beltrones y otros torturadores y asesinos que formaron de la Brigada Blanca, Dirección Federal de Seguridad, grupo Jaguar, grupo Zorba y

Ejercito Mexicano u otros, ocupan –u ocuparon- prominentes puestos dentro del gabinete del Presidente Vicente Fox Quesada, o dentro de los “poderes” de la Unión.

El “nuevo” poder, el poder “del cambio” encubre al PRI-gobierno. Los viejos capos de la guerra sucia, se convierten en los capo de la droga y en los capos de las instituciones foxistas de “seguridad del Estado”, mientras, para burla de la sociedad, la llamada Fiscalía Especial, sigue sin encontrar y sin poder fincar responsabilidades a ninguno de los grandes criminales.

La verdad es que el pretendido “régimen del cambio” forma parte ya, históricamente hablando de este período de represión fascista y genocidio conocido también como período de la guerra sucia. Fox ya pasó a la historia como cómplice y encubridor o en el mejor de los casos como una persona completamente incompetente para el papel que se le confirió.

Pero la estrella de la esperanza continúa siendo de la sociedad. La reciente revocación de las leyes de “perdón y olvido” en Argentina y el refrescamiento de la lucha por la verdad y el castigo a los genocidas que se da a lo largo y ancho del continente americano, son un indicador de que independientemente de que el presente régimen “del cambio” se haya pasado al lado de los criminales, eso no impedirá que la justicia termine por llegar.

Solamente la sociedad puede sancionar a quienes hoy siguen teniendo el monopolio “legal” de la fuerza, sólo la sociedad puede sancionar a los operadores del período negro de represión política, y solamente podrá hacerlo si actúa organizada y conscientemente.

El propósito de dar a conocer estos documentos no es el de abrir las heridas para relamerlas, sino desenmascarar a un sistema que se hace pasar como democrático y respetuoso de las leyes. También se intenta que el conocimiento de estos hechos contribuya a evitar su repetición. Forma parte de la lucha de los oprimidos para dejar de serlo.

El lector dirá si cumplimos o no el objetivo.

**David Cilia Olmos, Enrique González Ruiz.**

México, D. F. a julio del 2005.

# Agradecimientos

A todos los que han luchado por un mundo mejor.

Al combatiente revolucionario R. A. y su esposa A. E.

A Lara Romo y Gloria Femat.

A Consuelo Murillo

A Maria Corral de Esquer

A Elvira Hernández

A Estelí Hernández

A Gonzalo Liljeulth Gutiérrez

A Elvia Echeverría

A Olaya García

A Quirina Cruz

A Reyna García

A las centenas de mujeres y hombres que durante décadas y cercados por el silencio gubernamental, de los medios de comunicación y de los partidos políticos, no han dejado de luchar por la presentación con vida de sus compañeros o familiares desaparecidos.

**“...Y conoceréis la verdad  
y la verdad os hará libres...”**

## María de la Luz Aguilar Terrés

28 de enero de 1972

**T**ocaron a la puerta y Magdalena se dispuso a abrir, se secó lágrimas de los ojos. Había llorado porque minutos antes acababa de despedir a sus dos hijos mayores, Pablo y Luz, y a su yerno Raúl que habían salido a llevar sus cosas a un departamento. Sabía que en Chihuahua habían matado a algunos de los compañeros de sus hijos, que otros estaban desaparecidos y que ahora ellos tenían que esconderse porque la policía los podía detener.

Abrió la puerta, era un hombre joven como de 30 años, de ojos claros y tez blanca, vestía una camisa de color claro y un suéter gris pálido de cuello en “V”, se veía cansado y nervioso, preguntó por Pablo y como entre dientes dijo “*Raúl*”. Ella lo miró y no desconfió, tenía la apariencia de ser un compañero de sus hijos, conocía a varios que habían llegado a visitarlos a la casa, aunque éste era un poco mayor, le conmovió su cara de aflicción. Magdalena le dijo que ellos habían salido. Él preguntó si regresarían, le urgía verlos.

—Quedaron de regresar por la noche a recoger algunas cosas, —dijo ella— y lo invitó a pasar.

El joven, que dijo llamarse “*Daniel*”, le comentó que venía de Chiapas, de Malpaso, que estaba muy cansado y no tenía dónde ir, que si podía esperarlos. Magdalena lo instaló en un cuarto vacío y le dio un catre para que descansara.

La casa está en una colonia de las orillas de la ciudad, en el pueblo La Magdalena Contreras, sobre la avenida San Jerónimo que ese día estaba llena de lodo y tierra recién removida pues en las semanas anteriores habían metido el drenaje en la calle. Ese 28 de enero era el primer día en que se podía transitar por la avenida. La casa está situada en una esquina, rodeada por una barda de

tabicón sin recubrimiento y puertas de tablas de madera, con dos entradas, una por la avenida y por otra calle Azucena.

Una de sus hijas pequeñas le avisó a Magdalena que varios señores estaban tocando a la puerta que da a la calle de Azucena. Dejó a “*Daniel*” instalado y fue a ver qué querían esos señores.

— Señora buenos días, venimos con un problema—, le dijo un señor alto que vestía una chamarra de piel, — usted tiene un hijo que se llama Pablo, ¿verdad?, pues este señor es papá de una muchacha que entre su hijo y su yerno Raúl, ¿así se llama?, bueno pues ellos violaron a la hija de este señor, y señaló a un hombre de mayor edad, de mediana estatura, más bien pequeño y un poco canoso que sólo observaba.

Ella lo presintió, venían por sus hijos, los miró, su apariencia le confirmó sus sospechas, lo que decían era tan poco convincente que ni ellos mismos se lo creían, pero Magdalena les siguió la corriente:

—Déjeme hablar con el papá de la muchacha, para aclarar las cosas, no creo que mi hijo haya hecho lo que ustedes dicen.

Eran hombres altos, bien vestidos, el que iba al frente vestía con una chamarra de piel de color café, después reparó en que le nombraban “General Borja”. Siguieron insistiendo y preguntando por ellos, y ella rebatiéndoles sus argumentos. Como Pablo y Raúl no se encontraban, les pidió que regresaran mas tarde. Los hombres, ya cansados de hablar, la hicieron a un lado y se metieron a la casa, entraron como treinta hombres y se distribuyeron por todo el terreno, de aproximadamente 900 metros cuadrados, ante las protestas de Magdalena.

La noche anterior, Luz, su esposo Raúl y su hermano Pablo, habían hecho guardia en la casa, sin novedad, porque la avenida aún estaba cubierta de montones de tierra y zanjas abiertas; Luz pensaban que era poco probable que llegara la policía hasta la casa de sus padres, pues su participación en la guerrilla había sido fundamentalmente de enlace, sin embargo, consideraba que era mejor buscar un lugar más seguro porque la escalada de represión crecía.

Pasado el mediodía, mientras caminaban rumbo a la avenida para llevar unas cajas al departamento que habían conseguido en

San Ángel, vieron pasar una fila de autos muy elegantes y casi nuevos, de esos carros no es común que lleguen a pasar por la colonia, y menos con las calles llenas de lodo.

El 15 de enero de ese mismo año, su organización había recibido un golpe muy fuerte durante un enfrentamiento con la policía, cuando se había intentado la realización de un triple asalto bancario en la ciudad de Chihuahua. Lo más doloroso fue la muerte de compañeros como Raúl Díaz, Diego Lucero<sup>3</sup>, “Ramiro” y “Gaspar” entre otros, con quienes Luz, Raúl y Pablo, habían compartido la casa de seguridad de la Colonia Federal; además, la detención de otros compañeros, principalmente de “Federico”, al que conocían desde el movimiento estudiantil de 1968, los hizo pensar en la posibilidad de que la policía pudiera dar con el departamento de la colonia San Ángel que Diego Lucero conocía, por eso se refugiaron en casa de sus padres. Sin embargo, ningún policía llegó a aquel departamento.

“Joaquín”, un compañero que era contacto en Córdoba, Veracruz., les avisó, días antes, que habían detenido a Pedro Contreras, integrante destacado de la Asociación Cívica Guerrerense y participante en la liberación de Genaro Vázquez de la cárcel de Iguala, —lo detuvieron en el despacho del “Licenciado Pliego” —, dijo. Todos estaban alarmados; otro compañero Ricardo Martínez, de la Facultad de Medicina, y enlace con los estados de Durango y Monterrey, les avisó de rumores de que habían detenido a los compañeros del Frente Urbano Zapatista, con quienes habían estado trabajando en una brigada y enlazándose con Diego Lucero y “Federico”.

Luz y sus compañeros ya habían conseguido un lugar dónde establecerse y ese viernes 28, llevarían las cosas que habían empacado en cajas de cartón para el nuevo departamento. Querían salir temprano pero se retrasaron pues Magdalena les sacó fotografías a Luz y su hijita recién nacida; le dijeron a la reciente abuela que se quedara con la bebé unos días, mientras ellos se establecían. Y aunque no le dijeran todo, Magdalena, como muchas madres, se daba cuenta de que las cosas no marchaban bien, y sabía del peligro que corrían sus hijos y su yerno, y que en el mejor de los casos la separación iba a ser larga.

Ese día, por la mañana, Pablo ayudó a su padre, del mismo nombre, a meter tierra de la que sobraba en la calle para emparejar el patio de la casa. El joven había notado que en la calle transitaba gente extraña: “de traje, estaban ahí en la calle eran varios, creí que eran los ingenieros que estaban supervisando las obras del drenaje”, dijo después a sus compañeros.

Salieron a la una de la tarde, Javier, otro hermano de Luz, les ayudó a transportar las cajas a la parada del camión en un carrito de baleros y los dejó en el camión que los llevaría a San Ángel, iba apurado pues ese día había planeado ir con sus primos a los Dinamos, esperó a que abordaran el camión y les ayudó a subir las cajas, regresó y fue a dejar el carrito que era prestado. Le urgía llegar a su casa, entró por la puerta de la calle Azucena y se dirigió al baño, que está en el patio trasero. Pese a su prisa alcanzó a notar que había gente extraña en el patio, cuando él pasó los hombres hicieron movimientos como para esconderse, creyó que eran trabajadores de las obras del drenaje y los ignoró, pues su padre, fue mucho tiempo del comité de obras de la colonia, de la junta de mejoras y otros encargos, por lo que se acostumbraron a que la casa siempre estuviera llena de cosas que les encargaban o dejaban a guardar, y gente que entraba y salía por ese motivo.

Al salir del baño se dirigió a un lavadero cercano a asearse las manos, apenas había tomado el agua cuando de varios puntos del patio salieron hombres que lo rodearon y le apuntaron con pistolas de grueso calibre. Le preguntaron su nombre, su edad, lo registraron, lo tomaron por el cuello y torcieron su brazo derecho hacia la espalda, —“casi me podía tocar la oreja con la mano” — narró tiempo después. Así se lo llevaron hacia el frente de la casa.

Los agentes que habían entrado primero en la casa habían esculcado todos los cuartos, levantaron los colchones de las camas y los rasgaron, abrieron los roperos, tiraron cosas. Se dirigieron a otras habitaciones que estaban en el patio, y ahí llegó también el grupo de hombres con las pistolas en la mano que traían a Javier casi levantado del piso. Magdalena angustiada les dijo “dejen a mi hijo, es sólo un niño de secundaria, el no ha hecho nada”, pero los hombres se lo llevaron a la calle y lo metieron a un carro. Mientras tanto, otros agentes ya habían encontrado a “*Daniel*”, el muchacho que Magdalena había albergado,<sup>4</sup> lo venían golpeando,



lo ataron a una silla en un corredor de la casa, y lo siguieron golpeando en el estómago con el cabo de un azadón.

Los policías le comunicaron a Magdalena que ese sujeto, sus hijos y otros eran guerrilleros y que estaban planeando el secuestro de Mario Moya Palencia<sup>5</sup>, que eran muy peligrosos y que debía de cooperar para su detención, si no, —amenazaron— su familia pagaría las consecuencias.

Columba, otra hija de Magdalena, estaba en un cuarto con su sobrinita casi recién nacida. Desde la habitación vio, por la ventana, cómo se metieron “esos señores” a la casa, sintió miedo, corrió el cerrojo de la puerta, se encerró con llave y se metió a una pañalera con ropita de bebe y las bombas “Stalin”<sup>6</sup> de su hermano Pablo. No sabía que en otro mueble había un portafolio con documentos comprometedores y también dinero y en otro cajón una pistola 45 y una caja de 50 cartuchos.

Los agentes le ordenaron que abriera, Columba no quería, pero al final tuvo que abrir, ella abrazaba a la bebé, preguntaron “¿de quién es esa niña?”, ella dijo que era su hermanita, pero después descubrieron que era hija de su hermana Luz. “Tienen que regresar” dijeron con aire de triunfo, y pusieron a un agente para que vigilara que “no fueran a sacar a esa niña de la casa”.

Magdalena, pensó que los iban a matar a todos, ella para ganar tiempo les dijo que su yerno y su hija habían ido al médico porque tenían consulta. Para confirmarlo subieron a la atribulada mujer a un carro y, custodiada por agentes, le dijeron que los llevara a la maternidad que estaba en la colonia Florida. Sabía que no era cierto pero esa mentira distraería un poco a la policía, esperaba que los otros familiares que vivían cerca hicieran algo para evitar alguna tragedia.

Ella ya había dicho a sus hijas menores que se escaparan y se fueran a casa de sus tías, dos de ellas, Julia de 7 años y Juana de 9, brincaron una barda pequeña del patio trasero y salieron.

Magdalena y los agentes no encontraron a nadie en el consultorio y regresaron a la casa, la amenazaron, “si no coopera con nosotros los vamos a fusilar a todos” y los encerraron en una habitación. Magdalena pensó que no tenían escapatoria, ya había escuchado y leído algunos testimonios de la represión y cuando la

sacaron al consultorio se pudo dar cuenta que toda la manzana estaba rodeada, había carros de agentes en toda la colonia, y más allá también, en algunos puntos como la Unidad Independencia y San Ángel.

Cuando Pablo, su esposo llegó a la casa, una vecina indicó a los agentes quién era, lo amagaron con sus armas, le habían avisado a la fábrica donde trabajaba que había un problema en su casa, pero no sabía de qué se trataba. Lo esculcaron e interrogaron, le encontraron una credencial del PRI y suavizaron un poco su actitud, él no sabía nada, sus hijos habían participado en el movimiento estudiantil, pero no sabía de alguna otra actividad que realizaran, a él no le comunicaban nada, de todas formas lo encerraron con los demás.

Ya era tarde y ordenaron a Magdalena que les preparara algo para comer, mandaron a comprar carne que ella cocinó de mala gana. A “*Daniel*”, a quien mantenían atado a la silla, lo siguieron golpeando, sólo se oían sus quejidos, Magdalena pidió permiso a los agentes para darle algo de comer, pero no lo desataron y le tuvieron que dar en la boca, el joven aprovechó para darles un teléfono y pedirles que llamaran y que sólo dijeran “ya cayó *Pedro*”, cuando las niñas se le acercaban aprovechaba para preguntar disimuladamente si había forma de salir por atrás y les pedía que lo desataran. Más tarde lo llevaron a un carro, lo cubrieron con unas cobijas y ahí lo mantuvieron hasta la noche. En otro carro había un joven que habían traído los agentes, se veía muy golpeado, era moreno, y se quejaba mucho. Por la noche sólo se oían sus quejidos en la oscuridad,

— Creo que les siguen golpeando—, dijo Magdalena.

Pasaron las horas, la abuela, que vivía en una casa vecina, pidió permiso para darles “un taco” a sus nietos, la dejaron pasar, Magdalena aprovechó para decirle quedito a su suegra que sus hijos iban a regresar por la noche, que estuvieran pendientes para avisarles que no llegaran. Los agentes nuevamente amenazaron “si a las 12 de la noche no llegan los vamos a matar a todos, vigilen bien a esa niña que no la vayan a sacar”. Por la noche encerrada en un cuarto, Magdalena estaba pendiente, todo estaba silencioso y oscuro, la emboscada estaba preparada. Cuando a lo lejos oía

unos pasos creía reconocer la manera de andar de sus hijos y su corazón se oprimía de angustia.

Luz había estado con unos compañeros analizando la situación, se irían por un tiempo fuera del D. F. Sólo era necesario ir una vez más a casa de sus padres para recoger las cosas que faltaban.

Casi llegando a la terminal de los camiones, a tres cuadras de la casa, Luz notó que, del mismo camión donde ellos venían, bajaba un señor alto y robusto, bien vestido, le pareció sospechoso pues andaba despacio, observando a la gente. En ese momento le dijo a su esposo que le comprara un elote, con la intención de detenerse un poco y dejar que el individuo se adelantara, fueron al puesto de elotes y ya estaban pidiendo cuando Pablo, que se había adelantado, se acercó muy nervioso a donde estaban ellos, —ahí está el abuelo, dice que no lleguemos que hay soldados en la casa—. Dejaron los elotes y se acercaron a su abuelo paterno, que en ese entonces ya tenía como 70 años, estaba en el quicio de la puerta de unos billares que estaban en la esquina de Puente del Rosal, le pidieron que les explicara.

—Váyanse, la casa está llena de soldados, llegaron varios camiones, se llevaron a mi hijo y a tu mamá, también agarraron a tu hermano,<sup>7</sup> no lleguen porque los van a matar.

—¿Como cuántos son? —preguntó Raúl, tocando con la mano su pistola 9 milímetros que guardaba en la cintura.

—Muchos, como ciento cincuenta, tienen rodeada toda la colonia, hay muchos carros y tienen fusiles.

Sintieron mucho miedo, empezaron a caminar en sentido contrario. Pablo se regresó, “espérense, déjenme preguntarle más cosas“. El matrimonio no lo esperó, siguieron caminando y se metieron en la primera calle que encontraron, era una cerrada y mejor regresaron a la calle principal, sentían que los estaban vigilando; empezaron a caminar más aprisa por varias calles, finalmente, tuvieron que atravesar la barranca, no había otra salida, suponían que las dos calles principales estarían vigiladas. Raúl llevaba su pistola y estuvieron tentados a entrar a una casa, amagar a los dueños y tomar el automóvil que estaba ahí estacionado. Pero era muy arriesgado así que mejor caminaron hacia el cerro, los perros les ladraban, era un concierto de ladridos

y pensaron que eso podría llamar la atención. Al fin llegaron a despoblado, Luz conocía bien esos cerros, pero nunca los había transitado de noche. Después de una larga marcha llegaron al camino al Desierto de los Leones, ahí pasó un taxi y lo abordaron para dirigirse a San Ángel. Luz sentía que la gente la miraba con extrañeza, sólo llevaba una blusita delgada pero no sentía el frío invernal, por precaución se bajaron cuadas antes de llegar a la terminal y detuvieron un taxi que los llevó al otro lado de la ciudad, a la casa de un compañero.

En casa de sus padres, los agentes, al ver que los jóvenes no llegaron, se pusieron más duros con Magdalena, repetían continuamente “si no vienen los vamos a matar a todos”; “señora si sabe dónde están es mejor que nos lo diga, por el bien de sus otros hijos”, “señora esta niña yo creo que ya se la dejaron”. Magdalena pensaba: “si nos van a matar, pues a ver cómo le hago pero también algunos de ellos tendrán que morir, voy a romper el tubo del gas y hacer que vuele el tanque” que se encontraba atrás de la pared de la habitación donde se “hospedaron” los agentes. Y como ella les preparaba la comida pensaba: “ojalá tuviera veneno”.

—Señora sus hijos y su yerno son unos de los guerrilleros más peligrosos, querían secuestrar a Senties<sup>8</sup> y a Moya Palencia —se justificaban los agentes.

Durante la revisión habían encontrado el portafolio que los muchachos habían dejado y que contenía documentos de su organización, como tres mil pesos, una pistola 45, además una caja de 50 balas para el arma. Mas tarde en un cuarto cerrado con candado, encontraron las cosas de Luz, más armas y balas de diversos calibres, más documentos, libros y retratos familiares. Le dijeron a Magdalena que identificara a su hija y a cada persona retratada. También revisaron minuciosamente cada hoja de los libros y documentos. En total se llevaron como cuatro o cinco cajas llenas de distintos objetos y papeles.

No respetaron nada, hasta el cuarto de una mujer de Oaxaca, que trabajaba al servicio de la familia y vivía con sus dos pequeños hijos, fue saqueado, se llevaron sus objetos de valor, un radio y los ahorros que tenía guardados en un ropero. Así pasaron tres días, entre amenazas, presiones y mucho miedo.

De repente los soldados se fueron y llegó otro tipo de agentes, que eran judiciales de la policía “secreta” —“se les pelaron, éstos quieren hacerlo todo a su modo y siempre la riegan”— eran sus comentarios. Viendo que era difícil que pudieran llegar los jóvenes y que a la familia no le podían sacar ya más información, se marcharon, pero por mucho tiempo se mantuvo la vigilancia en los alrededores de la casa.

Tiempo después, Magdalena reconoció al personaje que encabezó el operativo en su casa, “se veía que era el que mandaba”, su hijo le mostró una revista donde había una fotografía: era Miguel Nazar Haro, jefe de la Dirección Federal de Seguridad, el terrible organismo encargado de la represión al movimiento insurgente.

## José Luis Moreno Borbolla

19 de mayo de 1975

**M**e acerqué al calendario y vi la fecha, 19 de mayo de 1975, día en que me vería con Mario Domínguez Ávila, “Benito”, miembro de la Liga Comunista 23 de Septiembre, responsable de atender la relación con nosotros desde hacía un tiempo. “Miguel”, “Samuel” y “Marcela” fueron los primeros en llegar a mi transitoria morada, para afirmar las propuestas que debía exponerle a “Benito” en la cita de la noche. Nos sentamos a desayunar y discutir.

Después de la reunión, me dediqué a estudiar y esperar que diera la hora para ir a la cita. Salí de prisa, casi corriendo, el tiempo se consumía con esa rapidez que tiene cuando más nos hace falta que transcurra lentamente.

Bajé del camión a la altura de la gasolinera ubicada en Insurgentes Sur frente al monumento a Álvaro Obregón, mi ilustre paisano. Cuando terminé de atravesar la avenida, siendo las 20:00 horas, ya en la acera del monumento, fui detenido por varias personas, vestidas de civil, del grupo especial de lucha contra la guerra no regular, quienes al grito de “estate quieto cabrón” me tiraron al suelo, el nerviosismo era evidente entre ellos, las órdenes que daban a gritos histéricos, en un momento parecían contradictorias; mientras unos me esculcaban, por si estaba armado, otros trataban al mismo tiempo de esposarme con las manos atrás entre golpes y patadas, todo a un mismo tiempo, yo parecía un muñeco sujeto a la fluctuante voluntad de ellos.

Fue la última vez que vi a “Benito”, alejándose del lugar de la cita, en ese momento me cubrieron la cabeza con la chamarra de algún agente, el olor a sudor impregnado en la prenda fue la primera impresión de pérdida de la libertad. Posteriormente me subieron a la parte trasera de un auto de cuatro puertas, me tiraron al suelo del vehículo, varios agentes se subieron atrás y me pisaron, ahí comenzó la cadena de violentas humillaciones y represión física. El que iba al frente de este grupo era el

comandante “Guerra”. Lo único que atravesaba como un pensamiento obsesivo era: “Lo importante es aguantar, ya lo demás pasa a segundo término, vamos a ver de qué estamos hechos, lo bueno es que “*Benó*” se salvó del apañón”. En ese momento no me cuestioné cómo supieron los policías de la cita, ni quién fue el <<indiscreto>>.

Años después, recuperada la libertad, platicando con José Domínguez sobre este tema, él concluía que lo mejor había sido haber asistido a la cita desarmado, que eso me había salvado la vida, dada la dinámica en que nos encontrábamos. La verdad es que fue una casualidad, por comodidad dejé el arma en la casa, el rompevientos que llevaba era demasiado delgado y se notaba el fierro<sup>9</sup>, aunado a que iba retrasado a la cita; además, mi grupo ya estaba contemplando dejarlos, sólo algunos de nosotros los llevábamos por seguridad, los “ubicados”.

Me trasladaron al Campo Militar No. 1, en las caballerizas me quitaron la chamarra, sustituyéndola por una venda, ahí comenzó el interrogatorio por parte de un agente que se identificó como el Mayor Salomón Tanús, mismo que me preguntaba por las citas que tendría en las próximas horas y las casa de seguridad, los nombres legales y la dirección de algunos militantes de la Liga. Todo esto aderezado con golpes con los pies y manos en varias partes de mi cuerpo por algún esbirro de Tanús, ante mi silencio. Ahí comencé a entender lo difícil que es, a veces, conservar la boca cerrada; me amarraron a una tabla para meterme en un abrevadero para caballos, el famoso “pocito”, combinado con toques eléctricos en todo el cuerpo, ensañándose en los testículos y ano, además de golpearme con una tabla las plantas de los pies. La tortura por parte de los agentes duró varios días; sometido a la tensión de la tortura e imposibilitado de ver por la venda, la única manera de calcular el tiempo era por medio del cambio de guardia de los agentes. Las primeras “sesiones” fueron apabullantes con la intención de quebrar el ánimo de uno, como si no fuera suficiente el haber sido detenido, tal eventualidad estaba dentro de los riesgos, pero qué diferente es su concreción, nunca está uno lo suficientemente preparado; la intensidad de la tortura era directamente proporcional a la urgencia, por parte de ellos, de obtener la información para continuar con la cadena de detenciones, centrándose en “nombres, citas y casas de

seguridad”; después de un tiempo, esta frase se hizo famosa y fue objeto de risa, claro, mucho después, entre los presos políticos o sea nosotros. Pasado algunos días los interrogatorios se fueron espaciando aunque su intensidad no disminuyó y en los momentos de relativo reposo entre sesión y sesión una forma de eludir el dolor acumulado era repasar las preguntas que me habían hecho, tratando de averiguar cuánto sabían y hasta dónde podía “soltar” sin afectar a la organización: una casa de seguridad abandonada hacía tiempo o una cita de recontacto dejada de lado, claro a la vuelta de su incursión la represalia no se hacía esperar, me gané el título de “pinche mentiroso” a pulso; era como una partida de ajedrez, donde el tiempo era lo fundamental, ganar tiempo, entre más transcurriera iba en su contra, otras veces por más esfuerzo que hiciera, el dolor me ganaba o la desesperación hacía que perdiera la concentración y era cuando perdía ese movimiento de la partida. Lo del tiempo fue relativo, en un tiempo inmediato uno ganó pero en el largo plazo ellos nos derrotaron o nos derrotamos o ambos combinados. Después me trasladaron al sótano de las mismas instalaciones del Campo, donde fui “recibido” por los militares, me di cuenta de esto porque me quitaron la venda de los ojos a raíz de una infección que adquirí por el agua sucia de la pileta donde me sumergían. Un médico me hizo la limpieza en los ojos, el cual estaba presente durante los interrogatorios para que no nos “fuéramos<sup>10</sup>” y me volvieron a vendar.

Comenzó la nueva ronda de golpes dirigidos por un militar al que identificaban con el grado de coronel. El interrogatorio se centró en las acciones futuras de la Liga, el tipo de entrenamiento y dónde lo realizábamos, las armas que teníamos y dónde las conseguíamos y en particular, la emboscada, del 14 de febrero de 1974, al tren que hacía el recorrido Puebla –México y llegaba a la estación de Xalostoc, Estado de México.

El cuarto donde se realizaban las sesiones de interrogatorio medía aproximadamente seis metros por seis, con las paredes de color cemento sin pintar y en un lado había una viga. El cuarto constaba como único mobiliario una mesa y varias sillas, y estaba poco iluminado, hicieron el simulacro de castrarme y hasta de fusilamiento con la advertencia de: “ahorita te vamos a matar cabrón, nos las debes”. Después del interrogatorio-tortura, me colgaron de la viga por las muñecas, soltando la muñeca derecha y



quedé colgado de la izquierda por varios días, era su forma de cobrarse la emboscada al tren donde intervine, en esa acción militar murieron cuatro soldados. Por tal motivo las torturas fueron más severas, además de mi participación en el Comité Militar de la Brigada Roja de la Liga.

Del Campo Militar me llevaron al Cuartel de Granaderos de Tlatelolco que se encontraba en las calles Manuel González esquina con Insurgentes Norte. Ahí me carearon con varios camaradas de la Liga, el primero fue David Jiménez Fragoso, uno de los responsable del Comité de Impresión a nivel nacional, el cual se encuentra actualmente desaparecido, con Jorge Torres Cedillo "*Oscar*", Trinidad León Zempoaltécatl "*Sandra*", Juan Escamilla Escobedo "*Julio*" todos ellos miembros del Comité de Impresión de la Brigada Roja. Ellos se encontraban muy golpeados, esto fue más o menos a principios de junio. En el cuartel fui interrogado por agentes de la Dirección de Investigaciones para la Prevención de la Delincuencia (DIPD), donde se inició la tercera ronda de golpes y chapuzones con su correspondiente "pase" de corriente eléctrica. El interrogatorio versó otra vez sobre los operativos donde había participado y los planes militares de la organización, el ubicar, más bien delatar, a los militantes de la Liga. En esos días detuvieron en Oaxaca a Wenceslao García José "*Sam*", a quien los agentes apodaron "El Tigre" por su valentía; alo trasladaron al cuartel donde estábamos nosotros y cuando lo comenzaron a "interrogar" cantaba La Internacional. Su ejemplo me sirvió para soportar el resto de la ilegal detención; con posterioridad supe que fue desaparecido de una forma tan grotesca , como es la política de este país. De ahí me llevaron a la Dirección General de Policía y Tránsito del Distrito Federal, en Tlaxcoaque, donde me quitaron la venda y fui interrogado por el general Gutiérrez Santos, el interrogatorio se centró en relación a un posible plan para atentar contra el propio general. Además de soltarme un discurso sobre la patria y que ellos –el gobierno- luchaban por lo mismo que nosotros, pero ellos sí eran concientes de que teníamos a los Estados Unidos como vecinos, que no éramos enemigos y cosas por el estilo.

A la pregunta sobre el supuesto atentado, le contesté, no sé si fue temeridad o imprudencia, que no había un supuesto plan para atentar contra él; además, que era totalmente improbable porque

no nos interesaban personajes de su nivel. Tal respuesta fue seguida por golpes y patadas del propio general, en definitiva sí atenté, pero contra su ego.

Pasé la noche en su oficina y al día siguiente se presentó Miguel Nazar Haro para interrogarme sobre tres cuestiones en particular: primero, sobre las discrepancias al interior de la Liga y cuáles eran sus alcances; segundo, sobre mi supuesta participación en la muerte del dirigente del sindicato de la compañía General Electric; tercero, el cómo había quedado la organización de la Liga después de la detención de Ignacio Salas Obregón “Oseas”, ya que —según Nazar— el propio “Oseas” en esa misma oficina elaboró un organigrama de la organización, el cual me enseñó. Mi respuesta fue que no sabía cómo quedó la Liga porque en esos momentos, producto de las discrepancias en su seno, estaba sufriendo reacomodos y escisiones, por lo cual era difícil determinar su composición. Además, un grupo de compañeros y yo estábamos discutiendo nuestra permanencia dentro de la Liga y con la Liga misma, lo cual nos ponía, en la práctica, fuera de tal conocimiento y de la propia organización.

Para terminar, el interrogatorio, Nazar me preguntó, como de pasada: “Cuál sería mi postura, si el caso fuera a la inversa, de que ustedes —o sea nosotros- estuvieran en el poder y nosotros -o sea ellos, el gobierno- fuéramos los detenidos”, “¿tú me matarías?, porque ustedes son el último grupo que van a ser presentados ante los juzgados, de aquí en adelante los demás no van a recibir los mismos <<beneficios>>”. “Yo soy conciente de que al final ustedes van a ganar, pero haré lo que esté a mi alcance para retrasar tal evento”. Y lo cumplió, después de nosotros nunca llegó a presentarse un grupo tan numeroso, sólo es cuestión de revisar los periódicos de la época.

Por la tarde del mismo día, se presentó un grupo de militares para “acompañarme” de nuevo al Campo Militar, donde permanecí vendado, otra vez, de los ojos y amarrado, en lo que han llamado algunos compañeros el “tren”, que se encontraba en un sótano al que se llegaba por medio de unas escaleras, en una celda individual, como de metro y medio por dos de fondo, con la “agradable” compañía del sonido, más bien ruido, del radio en la estación de la hora durante las 24 horas del día. Después de un tiempo uno sólo oye el timbre que anuncia que van a dar la hora.

Permanecí en el Campo Militar número uno hasta el 15 de junio, la fecha la supe tiempo después como lo que aconteció ese día. La salida fue precedida por la agria discusión entre Nazar Haro y el militar responsable de la zona de detenidos. Éste último se negó a dejarme salir de sótano, argüía “Sólo con orden de mi general se lo puedo dar”, mientras Nazar argumentaba que “La orden venía de la presidencia”. Se retiraron de la celda donde yo estaba para recibir instrucciones de sus superiores, al final la presidencia se impuso; ya en la salida Nazar me comentó: “Te estás salvando de quedarte a que se pudran tus huesos en el sótano, los militares no quieren dejarte, se quieren cobrar contigo lo del tren”.

Me llevaron al Servicio Médico Forense, custodiado por agentes de la Dirección Federal de Seguridad, para identificar los cadáveres de dos compañeros de la Liga: María Teresa Hernández Antonio “*Alejandra*” y a Adolfo Lozano Pérez “*Mariano*”, los cuales fueron masacrados y ejecutados en Ciudad Universitaria. Cada uno presentaba más de 15 impactos de arma de fuego; habían caído en un cerco tendido por la DFS<sup>11</sup> y muertos en el desigual enfrentamiento. Nazar me esperaba en la SEMEFO<sup>12</sup> para la identificación; me quitaron la venda de los ojos frente al cadáver de “*Alejandra*”, todavía tardé un rato en acostumbrarme a la luz y al principio no identifiqué de quién se trataba; mi tardanza en ajustarme a la luz y el tratar de identificarla lo impacientó a tal grado que me grito: “!No te hagas el pendejo, bien sabes quien es, además ya está muerta, nada ganas con negar que la conoces!”. Y era cierto, la conocía bastante, por mi mente atravesaron las imágenes de cuando la conocí, de las reuniones donde estuvimos juntos, su risa y su faz de niña traviesa, tan llena de vitalidad y ahora no era más que un despojo de carne sin vida; lo mismo me sucedió con “*Mariano*”, ahora quedaban atrás las diferencias y permanecía su nobleza y la firmeza que le era tan característica. Al final, los reconocí y una vez más el sentimiento de pérdida y disminución se apropió de mí.

Posteriormente a la identificación fui devuelto al Campo Militar Número Uno, pero esta vez me llevaron a las caballerizas, junto a todos los compañeros detenidos. La estancia fue corta y nuestros guardianes se dedicaron a “colaborar” en las labores de ponernos en condiciones para ser presentados a la prensa, ocasión

que aprovecharon, una vez más, para seguir humillándonos. Nos bañamos en las piletas de los caballos, frente a los comentarios inflados de procaacidad por parte de estos patanes; menos no se podía esperar de ellos. La indignación por la muerte de nuestros camaradas en C.U., fue el detonante para que terminara nuestra ilegal detención, más bien secuestro, ahora llamada eufemísticamente privación ilegal de la libertad.

Para la presentación ante la prensa nos trasladaron al Cuartel de Granaderos de Tlatelolco, tratando de cubrir nuestra “estancia” en el Campo Militar, el presentador fue Nazar Haro, quien en forma cínica se refirió a nosotros: “Como ustedes pueden ver estamos presentando a un grupo de estos subversivos de la Liga Comunista 23 de Septiembre en buenas condiciones”, tratando de minimizar los hechos del 15 de junio. Después de la sesión de fotos nos encerraron en las celdas de dos en dos, a mí me tocó estar con David Jiménez Fragoso. Además de los anteriores compañeros que vi la primera vez que estuve en el cuartel, se agregaron: David Zaragoza Jiménez, de Guadalajara, responsable de la imprenta nacional de la organización, Manuel Anzaldo Meneses “*El Profe*”, Alfredo Tecla Parra “*Rafael*”, Norma Martínez Watanabe “*Nora*”, Adolfo Tecla Parra, de escasos 16 años, desaparecido hasta el momento, Wenceslao García José y otros tres compañeros de la Fracción Bolchevique. A media tarde se aproximó a la reja de la celda un joven, como de nuestra edad, de apariencia universitaria, el cual me dijo en forma jactanciosa: “Vamos de caza, hemos ubicado a un grupo de tus compinches”. “Cuidado, no sea que el cazador se convierta en presa”, le contesté”. Lo relevante era que estos nuevos agentes eran diferentes a los gordos y torpes agentes que nos vigilaban, una nueva generación de policías políticos. Lo que los unía a todos, era su objetivo: nuestra destrucción.

Por la noche nos trasladaron a las instalaciones de la Procuraduría General de la República donde nos tomaron la “declaración”, más bien fuimos convidados de piedra en la farsa que personificaban estos representantes de la justicia, sólo nos circunscribimos a firmar tales “declaraciones”. Terminada la tramoya nos llevaron a unas celdas dentro de la Procuraduría. Para mí fue impactante reunirme con mis camaradas. Durante todo ese tiempo me habían tenido aislado del resto del grupo, el único

contacto con algunos de ellos había sido cuando nos careaban; las emociones eran contradictorias, ahí estábamos, sin saber que habíamos sobrevivido, todavía, el futuro era incierto. La muda pregunta que rondaba nuestros cerebros era: ¿y ahora qué?

En la madrugada nos llevaron a un patio de la propia Procuraduría donde Salomón Tanús me advierte: “*Adolfo*”, ya te salvaste, por esta vez, no esperes que exista otra, nos la debes, recuérdalo”. Nos subieron a una camionetas con rejas, “las perreras”, para trasladarnos a la cárcel preventiva de “Lecumberri”. Hasta ese momento me percaté de lo fría que era la madrugada y la incertidumbre permanecía, así como el nerviosismo de nuestros guardianes, en el trayecto casi chocó la camioneta donde íbamos algunos de nosotros, como si los compañeros de afuera supieran de nuestro traslado, el miedo no anda en burro.

El resultado de este período, abril-junio, fue de 13 detenidos: Jorge Torres Cedillo, Trinidad León Zempoaltécatl, Juan Escamilla Escobedo, David Zaragoza Jiménez, Manuel Anzaldo Meneses, su esposa, Alfredo Tecla Parra, Norma Martínez Watanabe, Licenco Licea Verdugo, tres compañeros de la Fracción Bolchevique y Yo. Tres desaparecidos: Adolfo Tecla Parra, David Jiménez Fragoso y Wenceslao García José. Siete muertos: María Teresa Antonio, Adolfo Lozano Pérez y cinco camaradas de Guadalajara, de éstos supimos que los masacraron meses después, ya en la cárcel, en total 23 bajas. Las detenciones y enfrentamientos se continuaron dando a lo largo de los siguientes meses, la organización se desangraba a lo largo y ancho del país. Pero ahora los compas ya no llegaban a la cárcel, sólo era noticia de la nota roja de los periódicos, quedaban tirados en el asfalto de las ciudades y la tierra del campo o en los sótanos de los campos militares.

# Mario Alvaro Cartagena López

## “Guaymas”

Abril de 1978

Yo caí preso en 1974, al año de estar trabajando dentro de *la organización*<sup>13</sup>, y conocí por primera vez lo que es la tortura. Mi papá jamás me había pegado, por lo que me pregunto cómo aguanté. A mí me agarró Florentino Ventura, aquel famoso policía que años después se disparó un balazo por la conciencia de todas las atrocidades que había cometido. Él me torturó personalmente, pero no “aventé” a la *brigada*<sup>14</sup> de mi escuela. Inventé una historia, me puse como “comanche<sup>15</sup>”, pese a ser de *brigada*. Respondí afirmativamente a todo lo que me preguntaban, pero no delaté compañeros.

Habían pasado los secuestros de Duncan Williams y Aranguren. El gobierno ya había *desaparecido* a compañeros y por eso a varios nos presentaron ante la opinión pública como responsables de esos hechos, aunque éramos activistas de niveles bajos. Yo hasta la fecha, de la etapa que viví, de 74 a 78, no he conocido a un compañero vivo que haya alcanzado un nivel superior dentro de la Liga, ya sea en el *buró militar*<sup>16</sup> o en el *órgano central*<sup>17</sup>. A todos los mataron, los desaparecieron o cayeron en enfrentamientos. Quizá hay compañeros que conocieron a otros líderes que por ahí anden, pero de los que yo conocí, no queda ninguno.

Yo dije que había conocido a los *jefes* (*Oseas, Sebas*, etc.), de hecho los conocí porque era *militante profesional*, pero me hice pasar por jefe también. En realidad yo tenía mi *paro legal*, mi familia me daba cobertura y no estaba quemado políticamente. No obstante, me presentaron ante la prensa como jefe y eso me sirvió para que no se lanzaran contra mi brigadita escolar.

Duré dos años preso en la cárcel de Oblatos, Guadalajara. Éramos 15 de la Liga, pero nos depuramos y quedamos 6. Cuando

se organizó la fuga, me preguntaron si quería irme. Yo iba a salir libre en 2 ó 3 años más, pero el grado de conciencia que alcancé me dio la fuerza para fugarme y reintegrarme a la *orga*. Me fui a la ciudad de México en enero de 1976, me incorporé a una *brigada* y empecé a participar; nuestro trabajo principal era la educación de la clase trabajadora. Éramos muy poquitos, no como en Guadalajara, pero era una raza muy participativa, entregada y conciente, y aunque no teníamos esa cultura política que actualmente tienen muchos compañeros, poseíamos mucho arrojo y ganas de hacer algo por la clase trabajadora. Nuestra principal actividad era la repartición de nuestro periódico, el *Madera*. Para nosotros era más difícil hacer una “*repartiza*”<sup>18</sup> de propaganda a Campos Hermanos, Spicer, Altos Hornos, que ir a *expropiar*<sup>19</sup> un banco, porque en éste llevábamos la sorpresa, la iniciativa, etc. En cambio, en las fábricas, la clase en el poder nos ponía “*cuatros*”<sup>20</sup>, había operativos de contrainsurgencia como en el caso de Ciudad Juárez, Chihuahua, donde nos mataron a una *brigada* a mansalva en '76 ó '77. Introdujeron a veinte policías a trabajar durante un mes en una fábrica que sabían atendíamos, y al salir junto con los obreros, los compas no los identificaron y se pusieron a repartir propaganda. De inmediato, en vez de detenerlos los policías les dispararon. Sólo sobrevivió el que estaba de cobertura, el “*muro*”<sup>21</sup> que se encontraba a media cuadra, esperándolos en el carro. Fue tanta la presión del gobierno en contra de la estrategia que seguíamos, de repartir propaganda en fábricas, que la mayoría de los compañeros fueron muertos o detenidos-desaparecidos en este tipo de operativos.

Debe enfatizarse que la Liga fue la organización urbana que más muertos y desaparecidos aportó a la lucha y no por los enfrentamientos con los policías —que a fin de cuentas son clase jodida— sino por esta estrategia. A pesar de todos los errores políticos y militares que cometimos, yo creo que no estábamos tan errados en cierto sentido, pese a nuestras desviaciones militaristas, de lo contrario la clase en el poder no hubiera enfocado todas sus baterías para terminar con nosotros.

No quiero entrar en detalles sobre mi caída, pero debo explicar por qué no estoy muerto o *desaparecido*, porque fuimos muy pocos los miembros de la Liga que logramos salir de Campo Militar No. 1. Cuando en '76 me di cuenta de que estaban cayendo

muchos camaradas en enfrentamientos –cada mes teníamos una caída de 2 ó 3 compas- le dije al *Mastrocas* (Luis Miguel Corral García, que murió asesinado en '77) que por qué no nos dejábamos agarrar vivos, que era más fácil salir de la cárcel, y me respondió: “no podemos hacerlo, la clase en el poder nos va a matar a torturas, debemos dar el combate”. En abril de 1978 yo vivía en una casa de seguridad con una compañera, Amanda Arciniega Cano, que actualmente vive. Un día, al regresar caminando a la casa, a cinco cuadras vi una patrulla de judiciales, que se me quedaron viendo; traté de quitarme la cola y me desvíe dos o tres cuadras pero me volvieron a topar, se bajó un policía y me dijo “no te muevas”, pero yo saqué mi pistola y se dio el enfrentamiento. Me eché a correr unas cuadras, sin mi camisola roja creí que ya había salido del problema, pero una patrulla me volvió a interceptar. Estaba a unas cuatro cuadras la octava delegación, así que mandaron cinco patrullas más y en el tiroteo caí herido con siete balazos. Se me acercó un policía y todavía le apunté, pero se me había encasquillado la pistola. Él traía cinco tiros y me dio dos, uno en cada nalga. Me preguntó si era matapolicias, pero lo negué y me hice pasar por vendedor de marihuana y asaltabancos. No podía decir que era de la Liga, porque me mandarían directamente a Campo Militar No. 1. Estaba deshidratado, con mucha sed y los pies muy pesados (tenía dos balas en cada pierna), entonces pensé que de morir debería hacerlo como incógnito, sin “aventar” compañeros y sin torturas. Me llevaron directamente a la Cruz Roja y me tomaron fotografías desnudo. En una salió mi cuerpo, sin mi cara. Apareció al día siguiente en la prensa con el encabezado “Cae pseudoguerrillero Florentino García Clavel”, que fue el nombre falso que di. Quería que mis compañeros se dieran cuenta de mi caída, que tomaran precauciones y reforzaran la seguridad. Ya habíamos acordado que cuando cayera un compañero nadie se iba a presentar a las  *citas*, porque los tormentos aplicados a los detenidos eran tales que a algunos los hicieron “*aventar*”<sup>22</sup> hasta a sus propias compañeras, porque la tortura nadie la aguanta. Tipos inhumanos, drogados, te torturan hasta lo peor.

Al salir en los periódicos del día siguiente, mi madre me reconoció. Mis hermanos le dijeron que no era posible porque no coincidía el nombre, pero ella lo intuyó. Había en San Francisco, Estados Unidos, una reunión de Amnistía Internacional, con más



de tres mil delegados, a la que acudió Rosario Ibarra del Comité de Presos, Perseguidos, Desaparecidos y Exiliados Políticos. Mi mamá se puso en contacto con el abogado de presos políticos, Guillermo Andrade Gressler y éste la conectó a su vez con una hija de doña Rosario, quien mandó un telegrama a la reunión para que hicieran algo por Mario Cartagena que acababa de caer. De esta forma, se mandaron tres mil telegramas al gobierno de López Portillo, pidiendo mi liberación y haciéndolo responsable de lo que me pasara. Yo para ese entonces ya había sido trasladado a **Campo Militar Número 1**, pues en la Cruz Roja le había entregado mi cartera a una monja, pidiéndole que se quedara con el dinero (diez mil pesos que iba a entregar a unos compañeros de Sinaloa) y que tirara lo demás, pues tenía una agendita con citas en clave y fechas de “*permas*”<sup>23</sup>, no obstante ella se la dio a los federales y de inmediato me sacaron del quirófano. Los médicos se opusieron a que me llevara la **Brigada Blanca**, pero los agentes dijeron que era orden de Gobernación. Estaba deshecho pero nunca perdí la conciencia.

Cuando entré al **Campo Militar Número 1**, yo insistía en que era Florentino García Clavel, aunque sabía que no iban a tardar en descubrir mi verdadera identidad, pues me habían tomado las huellas dactilares. Además, como soy lampiño, me costaba trabajo disfrazarme, después de la fuga mis compañeros bromeaban en el sentido de que iba a caer primero porque me reconocerían de inmediato. A los pocos minutos de la tortura llevaron ante mí a Alicia de los Ríos Merino (a) *Susan*, mi “*comanche*”, una compa lúcida y participativa, que estaba desaparecida desde enero de '78 y tenía tres meses ahí. Nos conocíamos muy bien porque habíamos vivido juntos en una casa de seguridad durante un año. Estaba muy delgada, había pasado de 60 a 40 kilos. Me vio dos minutos, con los ojos me pidió que no “*aventara*” a nadie, y aunque me identificó, no puedo culparla, por todo lo que le hicieron.

Ya en las *calientes*<sup>24</sup>, yo iba muy fuerte en mi conciencia. Tenía mucho dolor porque en un enfrentamiento había perdido a mi compañera que tenía seis meses de embarazo. Había visto morir a muchos compañeros, pero no era lo mismo dormir con mi compañera en la noche y que la mataran en la mañana. Su muerte me duele más que el hecho de que me hayan amputado la pierna.

Eso me dio el valor para no “aventar” a nadie. Creía que me iban a matar en la tortura porque estaba muy quemado, la prensa todo se lo atribuía al “*Guaymas*”. Aguanté, no dije nada más que era del comité de *brigada*. Salomón Tanús llegó y me preguntó si sabía quién era él. Yo no sabía, le dije “Miguel Nassar señor” y me respondió: “yo no soy ese hijo de la chingada, yo soy Salomón Tanús, el que te puede dar o quitar la vida, si quieres vivir vas a hablar”. Querían al *Piojo Negro*, Miguel Ángel Barraza García (quien moriría en un enfrentamiento en Copilco, D.F. en 1981), que era nuestro principal dirigente en aquella época, al *Momia* y a otro compañero de Dirección. Casualmente yo tenía citas con ellos, pero di datos falsos. Entonces me sacaron la agenda que les dio la monja y me pidieron que descifrara las claves, sin embargo, la solidez de mi conciencia me impidió dar las citas verdaderas. Ellos quedaron contentos porque creyeron que había “aventado” al *Piojo Negro*.

Pasó el tiempo sin que me atendieran de las heridas, hasta que se me gangrenó la pierna izquierda y me la cortaron en el hospital militar. Estaba muy mal físicamente: tenía un brazo tullido, me dolía el pene por la sonda y me bañaban a diario con agua fría para quitarme la temperatura. Además, había entrado de 80 kilos y a los dos meses pesaba 43.

Un día llegó Salomón Tanús, me dijo “hijo de la chingada, nos choreaste”. Yo no sabía lo que significaba ese término, porque en el norte no se usa, y le respondí “sí señor”. “Y todavía dices que sí hijo de la chingada, no sabes lo que te espera”. Así nos hablaban, con malas palabras. Yo tenía mucha presión por la tortura psicológica, pensando en lo que podrían hacerme. Esta tortura es peor por las secuelas que deja. Yo empecé a jugarle al cobarde, diciendo que me dolía todo, con tal de no hablar. Por mi experiencia de '74, en la que me hice el valiente y me dieron una paliza, sabía que tenía que hacer lo contrario y resultó.

A los quince días vi a mi mamá, me sorprendió que hubiera podido entrar, pero me aclaró que afuera estaban luchando por mi liberación y eso me dio esperanza de sobrevivir. En la tarde del mismo día, me visitó mi papá. Fue la única vez que los vi en los dos meses que estuve.

Salí de Campo Militar gracias a la movilización de varias organizaciones que daban la lucha pacífica, entre las que estaba el Comité. Creo que hubo también condiciones que favorecieron mi salida: López Portillo quería guardar las apariencias ante el exterior y el '78 había sido declarado el año internacional de los Derechos Humanos. Salí por estas razones, más no por haber “*aventado*” compañeros.

Fui trasladado al reclusorio y a la semana de estar ahí me visitó Rosario. Le pedí que me hiciera el paro y que convocara a periodistas para que yo diera mi testimonio de que había visto con vida a Alicia de los Ríos. La información salió en la revista *Proceso* y al día siguiente fueron por mí, con el pretexto de que estaba enfermo y me llevarían a otro lugar, pero me condujeron a Campo Militar. Salomón Tanús me dijo que me iban a matar junto con mi familia y yo le eché la bronca a Rosario. Acepté que yo le había dado esa información, pero la responsabilicé de haberle dado difusión en la prensa. Temía lo que la *Brigada Blanca* pudiera hacerle a mi familia. Además Rosario tenía mucho prestigio, no podían hacerle nada. Me regresaron al Reclusorio Norte, donde estuve cuatro años preso, hasta que nos amnistiaron, en 1982.

## Bertha Alicia López García de Zazueta

9 de abril de 1979

**Y**o, **Bertha Alicia López García de Zazueta**, nacida el 19 de julio de 1956, de nacionalidad mexicana, declaro lo siguiente: el 9 de abril de 1979 a las 4 de la mañana, en la ciudad de Torreón, Coahuila, fuimos despertados por los disparos que agentes de la “Brigada Blanca<sup>25</sup>” hacían a nuestra casa, gritándonos saliéramos con los brazos en alto, lo cual hicimos inmediatamente mi esposo, Jesús Humberto Zazueta Aguilar, su hermana Gloria Lorena Zazueta Aguilar, el esposo de ella Armando Gaytán Saldivar y yo en compañía de mi hijo, de un año dos meses de edad y del hijo de Gloria Lorena, de dos años y medio. Fuimos tirados al suelo y empezaron los agentes a golpear salvajemente a mi esposo para que dijera la dirección de otras personas.

Luego lo arrastraron de los cabellos y lo metieron a la cajuela de un auto; enseguida hicieron lo mismo conmigo, llevándome a otro auto y amarrándome los ojos para que no viera a dónde nos dirigiáramos. Nos llevaron a un local que después me di cuenta que era el Departamento de Tránsito y me echaron al piso junto con mi nenita. Ya para entonces escuchaba los golpes que le daban a Humberto y Armando. Enseguida oí que le decían a mi esposo; “ahorita vas a hablar, cabrón, tráiganme a su vieja”. Enseguida me levantaron, me quitaron el trapo que traía en la cabeza y me obligaron a desnudarme por completo. Luego me llevaron en presencia de mi esposo el cual se encontraba también desnudo y le estaban aplicando toques eléctricos en los testículos. Me tiraron al suelo, me golpearon en su presencia y me levantaron de los pechos estirando los pezones. Después me introdujeron en la vagina un fierro al cual me dijeron que le iban aplicar corriente eléctrica (cosa que después no hicieron) pero si me dieron toques en la vulva y en los pechos. Luego fuimos sacados de ahí. A mis compañeros y a los niños los subieron a una ambulancia de la Policía Rural y a Alejandro Peñaloza García a otro automóvil a recorrer la ciudad buscando una casa. Como a las nueve y media

de la mañana fuimos trasladados al Campo Militar “La Joya” de Torreón, en donde torturaron mucho a mi esposo y a su cuñado Armando. A mi esposo lo golpeaban entre muchos; lo sujetaban en el suelo entre varios y le levantaban la cabeza para tirarle patadas a la cara. Lo desnudaron nuevamente y lo metían en una pila en la que dan agua a los caballos de donde lo sacaban a punto de ahogarse. Me dijeron después que a mi niña, a mi cuñada, a su hijo y a mí, nos iban a meter. Al rato agregaron: “a tu marido ya se lo llevó la chingada por cabrón, así que hablas o la que sigue es tu hija”. Nos sacaron de nuevo y nos dirigíamos a nuestro domicilio. José Luis Martínez y Elín Santiago Muñoz llegaron a la casa y había allí una gran cantidad de agentes esperándolos. A mí me empujaron hacia el piso del auto y escuché muchos disparos. Los agentes me dijeron después que les habían gritado que se rindieran y que no obedecieron y por eso los mataron, pero eso yo no pude verlo ni escucharlo.

A mí me traían en un carro seis agentes, tres en la parte delantera y tres atrás conmigo, uno de ellos me abrazaba (yo estaba amarrada) y los otros me manoseaban el cuerpo diciéndome obscenidades; para esto ya no tenía conmigo a mi hija, un señor de la policía de Torreón me dijo: “mira muchacha, a donde te van a llevar te van a quitar a tu hija y quién sabe a dónde vaya a dar, mejor déjamela a mí y si algún día sales, ven a recogerla”. Ese señor después le preguntó a mi esposo a quién le entregaba a nuestra nena y él le dio la dirección de mis padres; ellos recogieron a la niña días después. Fui llevada nuevamente al Campo Militar de Torreón y subida a la ambulancia en que se encontraban mis compañeros, a Armando le sangraba una herida en un pómulo y estaba muy golpeado; Humberto tenía el rostro completamente desfigurado, un ojo hinchado y cerrado a causa de los golpes, el cuerpo lleno de moretones muy oscuros y todo él estaba hinchado; además, no podía hablar.

Ya habían detenido a Elda Nevares, la esposa de Elín Santiago, a su casa también llegaron sin previo aviso lanzando ráfagas de metrallera; tenía consigo a su hijita de dos meses acostada junto a la ventana, Elda saco una toalla blanca por la ventana y salió con su niña en brazos. Le entregaron a una vecina la niña y a ella la llevaron al Campo Militar junto con nosotros. Humberto y Armando tenían las manos hinchadas y a punto de sangrar a causa

de lo apretado de las esposas. Fuimos bajados de la ambulancia y se nos ordenó acostarnos boca abajo en el estiércol (estábamos en las caballerizas del Campo Militar nuevamente), allí nos tuvieron una media hora y mientras decían entre ellos frases como ésta: “hay que darles de una vez...”, “de una vez... ¡qué chingados estamos esperando!...” “espérate hombre ahorita viene la orden...” Lógicamente nosotros pensábamos que en cualquier momento moriríamos, pues incluso se les “salió un tiro” junto a nosotros. Las mujeres fuimos subidas a una camioneta panel negra sin placas, muy lujosa y a ellos los subieron a la ambulancia y echaron junto a ellos los cadáveres; nos trasladaron al Aeropuerto y nos subieron a una avioneta color crema de interiores lujosos al igual que la camioneta.

Nos colocaron sentados junto a las butacas que previamente fueron cubiertas con papel, a Gloria Lorena, su hijito y a mí; enseguida subieron los cadáveres envueltos en lonas, recuerdo que el pequeño preguntaba por qué los bultos tenían tanta sangre.

La avioneta voló a la ciudad de México y llegamos a las 18:00 horas. En el Aeropuerto donde aterrizó había muchos carros elegantes y mucha gente armada; inmediatamente fui trasladada a un automóvil donde un señor me vendó los ojos y se aseguró que mis manos siguieran bien atadas a mi espalda, el auto se puso en marcha, yo escuchaba las voces de tres o cuatro hombres, uno de ellos me dijo: “¿tienes hijos?” Sí; una niña de un año, “bueno, ya viene en camino para que esta cabrona sepa lo que sabemos hacer” (decía otro), “¿sabes que te vamos a matar?” ¿Porqué? “Por guerrillera, no te hagas pendeja”, yo no soy guerrillera, “al rato vas a jurar por tu madre que lo eres”. Otro, “¿sabes lo que hacemos a las cabronas como tú? Las matamos pero de a poquito mamita y se mueren hasta que a nosotros se nos pega la gana. ¡Vas a suplicar que te matemos!” Después de un tiempo que no pude precisar llegamos a un lugar que yo desde un principio ubiqué como el Campo Militar Número Uno de la Ciudad de México, lo que más tarde corroboré al decirme uno de los hombres que me interrogaba: “¿sabes dónde estás?, en el Campo Militar y de aquí nadie sale vivo. Me percaté de que traía en sus manos papel membretado de la Secretaría de Gobernación. Me bajaron del carro y me introdujeron en un lugar frío con el piso mojado (yo no tenía zapatos). Lo primero que escuché fue un

radio a todo volumen, percibí un olor fétido como de excremento humano y sentí una mano que me palpaba con mucho cuidado las orejas, los pechos y los brazos, así como el cuello (ignoro cuál era la finalidad de esto).

Escuche las voces de mi sobrino y de mi cuñada; me bajaron a un sótano. Recuerdo que conté aproximadamente 16 escalones y me introdujeron en una celda; a mi cuñada y su hijito los metieron en otra. Todo ese día nos habían dejado sin alimento y sin agua. Ya no nos volvieron a torturar físicamente, pero la tortura psicológica era constante, pues con mucha frecuencia me decían cosas como ésta: “te vamos a matar”, “a tu esposo ya lo matamos” “aquí tenemos a tu hija”, “a tu hija la tenemos aquí en un lugar donde tenemos muchos otros”. De tal forma que yo me encontraba angustiada por la situación en que pudiera estar mi hija, pues temía lo peor por lo que más adelante relataré. Las primeras veces que me sacaban con los ojos vendados para interrogarme sentía que me tocaban todo el cuerpo al pasar por un pasillo repleto de gentes, todos me manoseaban, decían groserías y se reían a carcajadas lo que me hacía sentirme humillada y llenos de indignación y de impotencia.

Algunos aspectos de la vida en ese lugar son:

- 1.Total incomunicación con el mundo exterior (excepto por la radio).
- 2.Jamás entra el sol, la luz siempre es artificial.
- 3.Muy frecuentemente y a diferentes horas se escuchan los ruidos de las torturas y los gritos de los torturados (cerca de mi celda estaba la pila de las “pozoleadas”).
- 4.Soportar las groserías y humillaciones a que nos someten los guardias, sobre todo a las mujeres.
- 5.Cubrir todas las necesidades de agua (beber, bañarse, etc.) del excusado.

Algunas de las torturas a las que son sometidas las personas que llegan a ese lugar son:

Golpes con las manos y las cachiporras, aplicaciones de la “chicharra” (toque eléctricos) en todas las partes del cuerpo, incluyendo ojos, oídos, dientes, fosas nasales, ano, genitales; agua

mineral en las fosas nasales, inmersión de la cabeza o todo el cuerpo en una pila extremadamente sucia; algunas veces con excremento humano.

Arrancamiento de las uñas, colgamiento de los pulgares y colocación en posiciones incómodas (a los hombres les atan un hilo a los testículos y los colocan por largo tiempo en cuclillas de tal forma que si se mueven se pueden castrar); arrodillarse sobre tubos o pararse descalzos sobre ladrillos y muchas otras cosas más.

Con toda intención dejé para el final lo que a continuación voy a declarar por parecerme lo más abominable y terrible de cuanto me hicieron: a mi hijita que tenía un año dos meses, la torturaron en mi presencia maltratándola y aplicándole toques eléctricos en todo su cuerpecito, después de haberla torturado psicológicamente al verlos golpear a sus padres, recuerdo y me estremezco al hacerlo, cómo lloraba y gritaba “papá” y mi dolor ante la impotencia para defenderla y consolarla, son momentos terribles que quisiera borrar de mi memoria pero también es preciso describir para tratar de que no se repita con otra persona.

Antes de terminar quiero hacer constar que vi a varias personas, a algunos no los conozco y a otros porque los he identificado en el archivo fotográfico del Comité Nacional Pro Defensa de Presos, Perseguidos, Desaparecidos y Exiliados Políticos. Ellas eran la señora Parra de Tecla, madre de otros desaparecidos; Violeta, Artemisa, Adolfo Tecla Parra, Juan Chávez Hoyos y Rufino Guzmán González, a quienes desde hace cerca de un año buscan sus familiares y cuya desaparición ha denunciado el Comité en la Procuraduría y en la Secretaría de Gobernación donde afirman no saber nada del asunto. También está otro muchacho al que oí que llamaban “Lalo”, es alto, delgado, blanco de aproximadamente 20 años. Está también mi esposo Jesús Humberto Zazueta Aguilar, Armando Gaytán Saldívar, Antonio Mendoza Sánchez, Alejandro Peñaloza García; de quienes aseguro están en buen estado de salud después de recuperarse de las torturas. Después de torturarnos, nos atiende personal médico.

Quiero aquí decir también que una de las cosas que más me impresionó fue que en algunas ocasiones, hombres quienes los



guardias nos decían que eran médicos, presenciaban las torturas para que, al decir de los mismos guardias, no “se les pasara la mano”.

Cuando fui liberada, antes de salir fui amenazada de muerte y se me dijo que mi familia y mi hija iban a sufrir las consecuencias si yo hablaba. Hago responsable al gobierno mexicano de mi integridad física y de las de mis familiares; hago responsable al gobierno mexicano de la integridad física y mental de mi esposo y de todas las personas que son mantenidas en idénticas condiciones.

Hago esta denuncia porque creo que es necesario dejar claro que en México sí hay cárceles clandestinas y en ellas se encuentran cientos de *desaparecidos* políticos y comunes, que la tortura se practica sistemáticamente y con la mayor impunidad.

Espero que esta denuncia sirva para liberar a todos los ciudadanos que están en esas cárceles, entre ellos mi esposo y las personas que mencioné, ellos están vivos. Hago un llamado a todas aquellas personas que puedan decir lo mismo que yo he dicho aquí, que hayan sido víctimas al igual que yo, que lo expresen públicamente para respaldar todo lo que ha afirmado el Comité Nacional Pro Defensa de Presos, Perseguidos, Desaparecidos y Exiliados Políticos en su lucha por la defensa de los derechos humanos.

México, D.F., a 31 de agosto de 1979.

Bertha Alicia López García de Zazueta.

Nota: El 14 de diciembre de 1979, fueron puestos en libertad del Campo Militar No. 1 los siguientes compañeros: Humberto Zazueta Aguilar, Armando Gaytán Saldívar, Alejandro Peñaloza García, Salvador González Cabrera y Benjamín Tapia Mendoza. Sin embargo, aún se encuentran desaparecidos: Juan Chávez Hoyos, Rufino Guzmán González, Eduardo Hernández Vargas, Sofonías González Cabrera y Ana María Parra de Tecla, quienes fueron vistos por varios de sus compañeros.

**Eladio Torres Flores**

23 de abril de 1980

**E**l 23 de abril de 1980 fui detenido por la Brigada Blanca, cuando repartía propaganda revolucionaria con dos camaradas en la zona industrial de Naucalpan, Estado de México.

Días antes habían interceptado propaganda distribuida por nosotros<sup>26</sup> en distintas áreas de la ciudad, hecho que motivó una intensa vigilancia en otras tantas zonas, entre ellas la de Naucalpan.

Esa mañana, aproximadamente a las 5:30, abordamos un autobús para distribuir el periódico clandestino de la Liga Comunista 23 de septiembre. Los integrantes de la Brigada Blanca<sup>27</sup> que patrullaban la zona, vieron a algunos obreros que bajaban de otro camión llevando en sus manos el periódico *Madera*<sup>28</sup> y volantes. Los policías preguntaron dónde los habían conseguido, afirmando que ellos también deseaban tener esa propaganda, los trabajadores les señalaron que la habían repartido en el autobús. Inmediatamente los paramilitares se comunicaron con los demás agentes que en diversos vehículos se encontraban en el área como parte de un operativo donde sabían se distribuía la propaganda revolucionaria, buscando detener a algunos de nosotros al repartirla.

A bordo del autobús, mis compañeros alcanzaron a darse cuenta de lo sucedido y lograron bajarse y burlar la persecución. Cuando yo me di cuenta estaba sólo, bajé del transporte pero ya se encontraban dos autos colocados atrás del autobús.

Caminé hacia una calle cercana y al dar tres o cuatro pasos escuché: *“Alto, no te muevas o te lleva la chingada. Las manos arriba”*. De reojo, observé que desde uno de los autos con la portezuela abierta me apuntaban con un arma larga y otro hombre recargado en el toldo del mismo coche me apuntaba con una pistola escuadra. Intenté huir pero fue inútil, otro automóvil me cerró el paso por el otro lado de la calle deslumbrándome con su luz. Salieron tres hombres: uno se abalanzó sobre mí y me desarmó, otro me golpeó en la cabeza con la culata de su rifle y otro más recogió el maletín donde llevaba la propaganda.

Estando yo tirado en el piso me golpearon y con jirones de mi propia camisa me ataron las manos a la espalda, y me cubrieron los ojos. Como un costal de papas, me arrojaron dentro del coche y me quitaron los zapatos y calcetines.

Fue así, en fracciones de segundo, como me hicieron prisionero, cerca de las 6:00 a. m. Tirado sobre el piso del automóvil, intentaba poner en orden mis ideas, todo parecía un sueño, una pesadilla, no lograba concebir mi captura.

Transcurridos unos minutos llegamos a un lugar, que por lo breve del recorrido no podría ser otro que el Campo Militar Número Uno. Entre expresiones de júbilo, uno de mis captores gritó: *“Ya cayó la Liga cabrones”*. Me sacaron del auto y me condujeron hasta una habitación, donde me sentaron y me descubrieron los ojos. El lugar estaba casi vacío, lo único visible es un escritorio, una silla y un teléfono. De pronto me amenazan: *no voltees, cabrón*. El lugar estaba lleno de agentes policíacos.

Frente a mí se presentan cuatro personas, a una de las cuales todos se dirigían como “Comandante”, quien dirigió mi interrogatorio y mi tortura. Comenzaron las preguntas sobre mi nombre, dirección, quiénes me acompañaban, si las llaves en mi poder eran de un auto de la organización, etc.

Se escuchó entonces una voz:

—*No sean pendejos, eso no importa, por ahora, lo que nos tiene que decir es en dónde vive*. A toda pregunta era tundido a golpes.

—*Hijo de la chingada ¿No quieres decir nada, eh? Pues aquí hasta el más gallo canta. Pónganle de nuevo la venda*, ordenó el comandante.

Con los ojos cubiertos me llevaron a otro sitio y me ordenaron: *corre, corre, corre cabrón, corre o te mueres*. Me empujaron y al correr me estrellé contra la pared. Caí, y sobre mí cayeron golpes, en la cara y en el estómago. Me quedé quieto. Otra andanada de golpes; casi ya no sentía los golpes, escuchaba las voces lejanas. Cuando estaba recobrando un poco el sentido, se pusieron a brincar sobre mí vitoreando: *Cayó la liga*.

Pero yo no dije ni pío. Sabía que si decía algo, cualquier cosa,

no podría ya después contener el acoso de las preguntas. No pensaba entregar ni delatar a ninguno de mis compañeros. Esperaba ganar tiempo para que ellos se dieran cuenta de mi detención y abandonaran los escondites y puntos de reunión y que no frecuentaran los lugares de costumbre.

Mis captores no sabían quién era, qué hacía, ni en qué nivel militaba; esto servía de algo. *Parece que le quieres hacer al macizo; para quitarte la sed vamos a invitarte unos refrescos*, me dijeron y empezaron a darme *Tehuacanazos* con chile por las fosas nasales. *Uno, dos, tres...* —*No se vaya a morir*—, dijo alguien, mientras la sensación de asfixia y el ardor en las vías respiratorias y en el pecho eran insoportables.

—*Qué se va a morir este hijo de su chingada madre, Si los entrenan para esto y más. Traigan otros tres...*

Escuchaba risas. Algo raro me sucedía: la cabeza me dolía por dentro y por fuera. Me dolía todo el cuerpo, no podía hablar. Entonces me sentaron y ataron a una silla para comenzar con los toques eléctricos, especialmente en las partes nobles. La desesperación es indescriptible.

Caí al suelo con todo y silla. —*No seas pendejo, de aquí no vas a salir vivo. Mira, si cooperas, tú ya estás dado, no nos interesas; Queremos a los de la Dirección Nacional; al “Piojo”, tú lo debes conocer y nos lo vas a entregar, las viejas que bajaron antes ¿iban contigo? ; sí mejores cabrones y hasta tus jefes ya cantaron... bueno ¡hasta el Che Guevara cantó! Y eso que murió por más nobles ideales, no como los de la “23”; ustedes no son más que delinquentes comunes.*

Se inició el tratamiento “psicológico”, para “aflojar” ya que con tehuacán, toques eléctricos y golpes no se pudo. —*No, lo que éste quiere es el pozo con máscara. Ahora vas a ver cómo nos cogimos a tus cuates en Monterrey.*

Lo que ellos denominaban “tortura de tercer grado”, se trata de poner al prisionero en una pileta llena de agua, con una máscara de caucho en la cara, similar a las de buceo, que tapa la nariz y la boca impidiendo la respiración, aplicando a la par toques eléctricos. Esta práctica se asemeja un tanto al “Cristo”, el cual consiste también en atar a la persona a una tabla que se sumerge

en agua; algunos torturados llegan a perder el oído, porque les estalla cuando se les pasa la mano a los verdugos. El tiempo parece no transcurrir.

—*Está bien, me llamo Juan García López, vivo en...* De inmediato me llevaron hacia aquel lugar. Después de un rápido pero efectivo “chequeo” de la ubicación de la casa señalada, se inicia el operativo; me acerqué al local, con toda la “normalidad” que permitía mi estado físico, seguido de dos paramilitares que llevan ocultas sus metralletas. En la esquina camuflado estaba un vehículo y en su interior, tiradores profesionales.

Cerca de la puerta, mis acompañantes se adelantaron, llamaron y se aprestaron a un posible enfrentamiento. Salió una señora a la que encañonaron al tiempo que le preguntaban cuántos y quiénes se encontraban en la casa. En unos cuantos segundos la casa es copada y medio centenar de policías entraron.

Me condujeron al interior de la casa en busca de mis compañeros. Los paramilitares comenzaron a destrozar el mobiliario en busca de armas. Pronto cayeron en la cuenta de que la única persona que se hallaba ahí era la señora y entonces los golpes contra mí no se hicieron esperar. La dueña de la casa no lograba articular palabra ante el atropello de que había sido víctima.

Al verse burlados, los paramilitares se desquitaban golpeándome; a rastras me llevaron a una camioneta. El jefe me gritó: —*Por esto que hiciste te vas a morir. Mira como dejaste mi carro con toda tu sangre. Límpialo, Limpia todo esto*—. Me dio un golpe en la cabeza con la culata de su arma.

En tres ocasiones más di domicilios falsos causando allanamientos; en dos casos los moradores también fueron objetos de golpes.

Por mi mente pasaban imágenes de todo tipo, imaginaba que rodábamos por una carretera, yo conducía el automóvil, y en la contemplación del paisaje del campo me refugiaba.

Otra vez en una silla y sin venda en los ojos, me rodearon varios agentes. La habitación estaba completamente pintada de negro, enfrente de mí había una mesa del mismo color que se iluminaba con potentes reflectores situados de tal forma que yo no

podía distinguir los rostros de los demás.

Me desnudaron y comenzó el tormento con la “cámara”, así le llaman a un trozo de madera como macana. Con ella “toman fotos” de muslos y glúteos. En estos momentos escucho con extrañeza la voz de una mujer en el cuchicheo del “público”. Después de cada pregunta una serie de golpes o “fotografías” de diversos tamaños, infantiles, para certificado y pasaporte. La anterior denominación es asignada de acuerdo al número de golpes que se reciben; así, 10 es tamaño infantil, 15 credencial, 20 para certificado, 25 para pasaporte.

—*Tómale una para pasaporte a este cabrón. Una, dos, tres,...veinticuatro, veinticinco. ¡Hijo de tu chingada madre, pareces burro! Te estoy preguntando dónde vives, contesta.*

—*No, si les digo que a estos los entrenan. Traigan agujas o palillos para que sienta lo que es bueno. Firme, no te vayas a caer, no vayas a vomitarte, si lo haces haré que limpies con la lengua. Te digo que firme, ¿no oíste? Debía permanecer de pie con los brazos en alto, sin hacer el menor movimiento. Por un tiempo cesó el interrogatorio. En las condiciones en que me encontraba perdí la noción del tiempo. Al no poder continuar más de pie, me desmayé. Con agua fría me hicieron reaccionar. Una “doctora” revisó mi estado físico. —No tienes nada ¿verdad?, Nosotros no te hacemos nada. Diles a los señores lo que quieren saber. No te duele nada ¿o sí? ¿Verdad que te sientes bien?*

Como las “fotos” no dieron resultado, reiniciaron los toques eléctricos con la picana. Con ella recorren de pies a cabeza mi cuerpo desnudo; la detienen en órganos genitales, ano, pecho y axilas. Las preguntas son las mismas, la respuesta también: nada.

Me mostraron fotografías de compañeros que son buscados y perseguidos. Álbumes completos de gente que, sospechan, milita en organizaciones clandestinas. Gente que pertenece a la Liga, otras que no e incluso de partidos políticos registrados. Entre todas las fotografías se encuentra la del camarada “Bruno” seudónimo con el que conocíamos a Frederick Alonso Puchel, originario del Estado de Chiapas, quien está desaparecido desde el 4 de octubre de 1979, día en que fue herido y hecho prisionero por la División de Investigaciones para la Prevención de la Delincuencia (DIPD) en la Colonia Nativitas en esta capital. “Bruno” estuvo

en el mismo lugar que yo. El hospital de la Penitenciaría del Distrito Federal. En este lugar fue torturado por Francisco Sahún Baca, quien gustaba de impedir que sus heridas de bala sanaran pues, precisamente ahí le atormentaba. Frederick permaneció en este lugar hasta el año de 1982, de acuerdo a quienes le recuerdan como un hombre de valentía y convicciones, así como sus guardianes, quienes incluso refieren que jugaba frontón con ellos.

Entre ese mar de fotografías se hallaba la mía. Nervioso, la pasé de manera apresurada. Cada vez que preguntaban mi nombre contestaba: Juan García López, originario de Veracruz; nombre de padre y madre coincidente con los apellidos mencionados y ya finados. La fotografía que tienen en su poder la obtuvieron del archivo escolar del Colegio de Ciencias y Humanidades donde estudiaba; me la tomé a la edad de 15 años y en el año de mi detención, 1980, contaba con 20, el parecido no era mucho.

Vi las fotografías repetidas veces. De pronto se abrió la puerta, se escuchó un grito: *Atención!!*. Todos los presentes se ponen en posición de firmes. El silencio es roto por la voz del “señor” (como se referían al recién llegado. *¿Cómo te llamas?*, Reinicia el interrogatorio.

—Juan García López “Samuel”...

—*¿Quiénes iban contigo? ¿Cómo se llaman? Mira, voy a proponerte un trato. Estos (me mostró las fotografías) son el “Piojo” y la “Morena”. Tú ya caíste y poco nos importas. Nos interesan ellos. Dime dónde viven, cuándo los ves. Debes conocer su casa, sólo que te has querido pasar de listo, contando y diciendo puras mentiras. Dime y te doy dinero, papeles, un boleto de avión para que viajes al país que gustes; rehaces tu vida. No digas nada ahorita, piénsalo.*

Escuché otras voces.

—*Este güey debe ser el “Viborita”. Fíjate en la foto, mírala bien, tiene algún parecido. ¡Traigan el expediente de este cabrón!*

Luego de dos o tres minutos de espera, alguien ordenó: *Pónganle la venda y sáquenlo para que vea algo.* Usando sólo calzoncillos me conducen a otro lugar. Me levantan un poco la venda, me ordenan que vea hacia el piso. Ahí yacen tres cuerpos:

dos mujeres y un hombre.

—¿Quién es ésta? Es “Tere” ¿Verdad? Y ésta de acá (me llevaron hasta el cuerpo tendido) es “Brenda” ¿O no? Y este otro ¿Quién es? ¿Cuál es su seudónimo?

No pude articular palabra alguna ante los cuerpos ensangrentados de mis camaradas, sentí un profundo vacío en mí, no podía aceptar que estuvieran muertos. Ganas de llorar no sentí, rabia tampoco; sólo resignación ante la impotencia de no poder hacer nada.

Los habían sacado de la cajuela de un automóvil. A “Tere”, un hilo de sangre le surcaba la cara.

¡¡Traigan alcohol, ésta vive!! Era Amanda Arciniega Cano.

Regresamos al cuarto. Llegó de nuevo el “señor”: —*Conque del Comité Militar, ¿no? Pinche guerrillero, nos quisiste ver la cara de pendejos, ahora te vas a morir, pero antes nos vas a decir todo lo relacionado con tu actividad dentro de la Liga y no quiero mentiras. Tú eres Eladio Torres Flores, alias “La Viborita”, originario del Estado de Puebla. Siguió el nombre de mis padres y hermanos. ¿Qué harán ahora? Pensaba yo.*

—*Ya sabemos todo pero queremos que tú mismo nos lo digas. Muchos amigos tuyos que tuvimos aquí, nos contaron de ti, aunque los de la Casa del Estudiante Poblano, nos dijeron puros “choros”.*

Los compañeros que mencionan son Rufino Guzmán Chávez y Juan Chávez Hoyos, quienes fueron detenidos por sospechosos de pertenecer a la Liga, en septiembre de 1978. Rufino permaneció más de tres años en calidad de detenido-desaparecido, dejándolo en libertad un año después de mi captura. Juan permanece como detenido-desaparecido hasta el día de hoy.

Me dieron papel y pluma y el “señor” ordenó —*Vas a escribir toda tu vida, desde el día que naciste hasta hoy; dónde estudiaste, quién te conectó con la Liga, en qué acciones militares participaste; a cuantos mataste y acuérdate bien de todo—* Sacó de entre sus ropas una pistola tipo escuadra y volvió a sentenciar —*Me dices la verdad o te mueres. Por haberme estado mintiendo ya no hay trato, ahora dirás todo y con detalle.*



A pesar de la potente luz de los reflectores en el momento en que se pone frente a mí, pude distinguir su tez blanca, el reflejo de la luz de sus ojos claros, una persona inconfundible: Miguel Nazar Haro.

— *Te vas a morir*, dice, con el cañón de la pistola apuntando mi sien... La eternidad se interrumpe al golpe del martillo al jalar del gatillo... ¡No tenía tiro en la recámara!, Sólo había sido el simulacro.

— *Así que no quieres decir nada, no seas pendejo, valen más los héroes vivos que los guerrilleros muertos. Sabemos que luchan por un ideal pero están pendejos, porque aquí en México ¡nunca llegará el comunismo! Como tú luchas por él y yo lo combato, eres mi prisionero de guerra, y puedo matarte o dejarte con mis muchachos para que te revienten la madre. ¿Quieres que te traiga a tu familia también? ¿Qué hacían, en dónde se encontraban dentro del organigrama de la Liga, quiénes están afuera y dónde vive el “Piojo?” Piénsalo y quiero que me resuelvas antes de las cinco de la mañana. Ya sabes lo que harán mis muchachos contigo si no hablas. Si no se decide a hablar este cabrón antes de las cinco de la mañana, lo matan-*. Todos permanecen en posición de firmes cuando sale.

Permanecí sentado, vigilado por varios guardias que no dejaban un solo instante de hostigarme.

— *Te faltan 3 horas... 2... 30 minutos, 20... 5... Las 5 en punto, párate, firme.*

Tenía las piernas inflamadas, el cuerpo adolorido. El sueño casi me vencía, tambaleando, caigo al piso. Quienes estaban detrás de mí quisieron ayudarme, pero el que daba las órdenes no lo permitió

— *¿Porqué no aceptaste lo que te propuso “el señor”?* ¿A poco de veras crees en la Revolución? Porque aquí jamás se va a dar, no ves que vivimos en un país libre y democrático y no en una dictadura, dijo uno

— Si, creo en la revolución— contesté.

— *Ponte tu pantalón ¿No traes chamarra? ¿Quieres que te preste la mía? ¿Tienes sueño?, dijo el mismo. Pero el que*

*ordenaba grito.*

— *¡Hijo de tu chingada madre! ¡Párate firme! No quiero que te muevas; si lo haces te tomaremos “fotos”.*

De ahí en adelante la tortura física disminuyó; ya sabían dónde vivía y quién era. Se inició la tortura psicológica, el quebrantamiento de mis convicciones, de herir, de aplastar cualquier tipo de resistencia, de matar en vida, de desmoronar la inteligencia, la integridad, la dignidad humana.

Preguntas e incluso discusión sobre aspectos de la política nacional. Ganar la confianza o entrar al debate y discusión de las teorías y estrategia revolucionaria de la organización es el camino más fácil para comenzar a contar tu propia historia. Datos sueltos, anécdotas, relatos muy detallados de hechos a veces sólo conocidos por los compañeros más cercanos son elementos claves para ubicar el momento y fechas precisas de cuando se inició la militancia revolucionaria y por tanto quienes y con quienes has tenido contacto y posiblemente conoces.

Entraban y salían expertos en este tipo de interrogatorios, no venían a golpear, venían a platicar, conversaban conmigo y lograban su objetivo: hacerse de un cúmulo de datos, lugares, maneras, hábitos, formas de repartir propaganda; hasta el tipo de zona para vivir, los automóviles, el vestido y en dónde se compra la comida. Entre todo lo que “platican” contigo, arman toda tu vida y hábitos conspirativos de la actividad revolucionaria.

Lo que uno diga resulta de una utilidad incalculable para apresar, asesinar o desaparecer a compañeros. Hablar de quien conociste, cómo era su carácter, cuándo fueron apresados o asesinados, qué línea política mantenían, quién era más político, quién más militarista, etc. Pensar que todo ello en nada sirve a la policía es un grave error. Todos los datos que uno pueda dar les son de utilidad. Es mejor nunca hablar.

Los días transcurrieron y en el estado particular de cautiverio en que te mantienen se pierde la noción del tiempo. Pero tuvo que ser a principios de mayo de 1980 cuando ya “ablandado” se me pone a “trabajar”, es decir, salir a la calle, a los lugares donde viví, casas, escuelas, sitios de trabajo político, etc. El objetivo: que señalara a quienes conozca y, así al “topón” se le aprehenda o

liquide.

A pesar de saber que ya no encontrarían a nadie en tales sitios, les resultaba provechoso visitarlos, porque indagaban con vecinos sobre quiénes, cuántos y cómo eran los que vivían ahí. El seguimiento que podían realizar con las mudanzas, al encontrar aquélla que se utilizó para el cambio de domicilio, también era importante para ellos.

Me enteré, por ejemplo, que la Dirección de Investigaciones para la Prevención de la Delincuencia (DIPD), y concretamente el *Grupo Jaguar*, con uno de sus comandantes “Rudy”<sup>29</sup>, llegó a finales de 1979 hasta la casa donde yo vivía. Investigaban en ese entonces la muerte de cuatro agentes de esa corporación abatidos meses atrás por ese rumbo. En la investigación se propusieron conocer a todos y cada uno de los habitantes de la zona a través de una especie de censo.

Invitaban a la gente a suscribirse a un periódico.

Recuerdo, que a mediados de septiembre de ese año, tocaron a la puerta de mi casa; acudí al llamado y cinco hombres bien vestidos, acompañados del repartidor, me dieron las buenas tardes y me propusieron estar bien informado leyendo *El Sol de México*. Cuando me detuvieron el 23 de abril de 1980 llevaba conmigo una credencial del INJUVE, con el nombre de Jorge Sánchez Jasso, mismo nombre con el cual me suscribí a *El Sol de México*.

*—El señor” quiere que te saquemos a “trabajar” para que pongas el dedo a quien veas en la calle y agarrarlos al “topón”; es más, te vamos a sacar a los lugares donde se ven; vamos a ir a CU, a Zacatenco, a iglesias y mercados. A alguien tenemos que aprehender y tú los vas a reconocer o ellos a ti.*

En los lugares mencionados detenían a cualquier sospechoso; éste, por estar parado tanto tiempo en un mismo sitio; aquél, por llevar bajo el brazo un paquete envuelto en una bolsa de plástico, como a veces así se portaba el “*Madera*” y bien podía ser un camarada; otro más por caminar en ese momento por el lugar o rondar por ahí. Todos eran subidos a la camioneta o a los carros donde nos transportábamos; ahí eran interrogados y golpeados: nombre, dirección, ocupación, a quién esperaban. Si nada obtenían, nuevamente me torturaban con golpes y patadas, largos

ratos en posiciones incómodas o —*vas a hacer 500 lagartijas*.

—*Tú debes conocer gente de fuera* (de otras ciudades de la República); *estuviste en Sonora; ¿A quién conoces?, ¿Cómo le dicen? Si estuviste allá, nos vas a llevar a donde viviste. Mañana salimos*.

—*“El Tigre” nos espera*— dice alguien. A quien se referían era al avión tipo ejecutivo de la Dirección Federal de Seguridad (DFS) en el cual volamos minutos después. Me enteré que el piloto era el mismo del ex presidente Díaz Ordáz; nueve paramilitares viajaban conmigo “en misión especial”.

En la capital sonorenses me llevaron hasta las oficinas de la Dirección Federal de Seguridad Estatal donde me esposaron de pies y manos a unos barrotes que sobresalen de la pared del cuarto donde me recluyeron. Así permanezco dos días. Por las noches no puedo dormir y hay órdenes de que nadie se me acerque, “porque están entrenados para hacer con cualquier cosa un arma mortal”; ni siquiera me llevan al baño.

Engrillutado a la pared soy objeto de nuevos golpes. —*Jefe, déjenos con él una media hora y va a ver cómo canta hasta en chino*. Me preguntaban por quienes conocía en la Universidad de Sonora y en la Colonia Proletaria, por militantes de partidos y organismos legales, etc. Ahí también me mostraron álbumes completos con fichas y fotos de camaradas, en su mayoría muertos, y dirigentes locales, activos participantes en la lucha social del lugar. El control policíaco era absoluto. Datos precisos como nombres, direcciones y amistades, los tenían al día.

La coordinación que existía entre la policía y los industriales de este lugar era asombrosa; Son estos últimos quienes financiaban a grupos fascistas como “Los Micos”, que frecuentemente atacaban al movimiento democrático en la universidad y al movimiento popular en general.

Gerentes de empresas, supermercados, bancos, etc., facilitaban toda clase de información, archivos laborales, fotos del personal que laboraba con ellos. El grado de sistematización de la información del movimiento llegaba a niveles increíbles que recuerdan a la Ojrana zarista y a la Gestapo nazi.

Se hacían los preparativos para llegar a la casa que

supuestamente yo conocía. Los paramilitares simularían ser turistas, con cámaras fotográficas colgadas del cuello, algunos con pantaloncillos cortos, otros con pants; eso sí, todos con armas cortas. Para poder tocar en todas las casas de la zona donde dije que se ubicaba mi antigua casa, nos acompañarían dos mujeres, quienes realizarían una encuesta. Junto con ellas, dos hombres con armas ocultas y pequeñísimas cámaras fotográficas que les permitirían sacar placas de casas y de sus ocupantes.

Quien coordina el operativo se mantendría a una distancia prudente de los “encuestadores”, en un carro donde estaría él conmigo. La consigna era que a cualquier sospechoso, “que les lata”, que intuyan que pudiera ser, se le tirara a matar. Y “les latió” una señora que osó no permitirles entrevistarla, argumentando estar ocupada. Les cerró la puerta, o lo intentó, ya que un paramilitar se lo impidió; penetraron a su casa sin su consentimiento; la mujer corrió al teléfono quizás para pedir auxilio y murió abatida a tiros.

De regreso a la oficina, quien le disparó diría: “*su actitud fue sospechosa y por eso disparé*”. El cadáver, por supuesto, lo desaparecieron. Así actuaba la Brigada Blanca.

En esos días todo Hermosillo fue intensamente patrullado por la DFS esperando detener a alguien. Nada consiguieron. De regreso a la Ciudad de México. Detenido-desaparecido en la celda de un metro cuadrado, los días pasaron, se sabe que es de mañana cuando alguien entra a asear el lugar y el olor a pinol permanece por un rato; posteriormente llega el desayuno, café y huevos revueltos con frijoles; a medio día la comida, una torta y naranjada; por las noches otra vez naranjada y torta.

Entre interrogatorios y suposiciones del tiempo que llevaba detenido, el encierro fue tomando senderos extraños. Por las noches o de madrugada, cuando el silencio era absoluto y el monótono ruido del ventilador eléctrico me entretiene, como procedimiento de lavado cerebral y tortura psicológica comencé a escuchar música romántica: “A partir de mañana empezaré a vivir la mitad de mi vida, a partir de mañana...” y los recuerdos acudieron a mí en tropel; “Hasta el día de hoy, sólo fui lo que soy, aprendiz de quijote. He podido luchar...” y mi estado de ánimo cambió: coraje, angustia, soledad, ganas de desahogarme de

cualquier manera. En ese momento me sabía real, cierto; estaba consciente, seguro de lo que era; más, ¿Cuántos aparte de mí sabían que en un lugar oscuro y húmido existía?, esos eran los primeros estragos del mensaje melódico y calaban hondo en mí. Se desató una guerra interna, en silencio y en absoluta soledad. Gané las primeras batallas, pero la voz y el tono cambian, es otra melodía. “El final se acerca ya, lo esperaré serenamente... y bien todo esto fue a mi manera...”.

En general, el estado de ánimo que me provocó la música romántica es depresivo, una y otra vez, noche tras noche, era el mismo tratamiento. Un día, después de la primera torta y naranjada, me sacaron a “trabajar”. El día es especial, dicen; tienen conocimiento de que un importante miembro de la dirección de la organización acudirá a una cita; me llevarán para que diga cómo y que haría si fue quien acudiera a tal cita. Así como para que lo identifique y señale.

En el trayecto, fui enterándome del plan, del lugar exacto del “contacto” y de quién acudirá a la cita: esa una mujer. El sitio de reunión no era un lugar fijo, el contacto se haría caminando sobre la avenida Cuauhtémoc, desde Río Churubusco hasta Municipio Libre. Así pues, el policía que intercepte tendrá ante todo que ver caminar a la mujer ese trayecto. Quien caminará será seguido muy de cerca por una pareja de policías: una mujer aparentando un avanzado estado de embarazo tomando del brazo a su compañero, de tal suerte que no despertará sospecha de que es “cola” de quien camina.

Las inmediaciones del lugar y sobre todo el trayecto de la supuesta cita eran vigilados por más de un centenar de agentes, todos disfrazados: unos de médicos, por la cercanía de una Cruz Verde, otros más como clientes en un puesto de tacos de la avenida; conductores de trolebuses, choferes de taxis. Había también francotiradores apostados en azoteas y en carros diversos, al igual que en motocicletas; varios más patrullarían el tramo señalado.

El carro en el que yo viajaba se detuvo de pronto frente a la puerta de un trolebús que abría la puerta trasera, miré cómo a empujones y cogida del cabello bajaron a una mujer y la arrojan junto a mí.

—¿Quién es? ¿Es Paula? — inquieren.

-No- contesto yo.

—¿No?, Hijo de tu pinche madre, sí el otro dijo que es ella.

“Paula”, era el seudónimo de la camarada Teresa Gutiérrez Hernández, compañera desaparecida a finales de 1981 al parecer junto con Víctor Acosta, profesor de la Preparatoria Popular Tacuba. Ella a la hora de su detención, formaba parte del Comité Coordinador de la Liga Comunista 23 de Septiembre, en el Distrito Federal. La compañera, tendría que caminar de un lugar a otro, esperando que la persona con quien tiene la cita hiciera lo mismo para encontrarse en el trayecto. De esta forma se dificultaba, en cierta medida, que la policía pudiera detenerla con facilidad; pero la policía había montado un sofisticado operativo.

La muchacha y yo fuimos vendados y conducidos hacia una cárcel clandestina, que después supe, eran los separos de la Dirección Federal de Seguridad (DFS). Ella fue interrogada. No contestó, sólo entre su llanto se le escuchó decir: “Mi hijo”. Dijo su nombre, su ocupación como trabajadora doméstica, la dirección donde trabajaba que no recordaba del todo y lo mismo sucedió con el teléfono. Fue torturada por el sólo hecho de ser sospechosa y de parecerse mucho a “Paula”.

Una noche, después de firmar algunas hojas mecanografiadas, fui sacado de ese lugar. Finalmente, el 2 de junio de 1980 me trasladaron a los separos de la Dirección General de Policía y Tránsito y me pusieron en una celda, con guardia de vista, junto a Jaime Laguna<sup>30</sup>, en espera de un nuevo interrogatorio porque: “lo que dijiste en la Federal de Seguridad nos vale madres y aquí vamos a comenzar”.

El 5 de junio del mismo año, fuimos presentados a los medios de difusión; ante quienes dicen que hace tres días fuimos capturados y se nos acusa de la comisión de ilícitos y, a decir de Durazo Moreno, formábamos parte de una peligrosa banda de asaltantes y homicidas.

Permanecemos en los separos primeramente y en una cárcel clandestina después hasta el 11 de junio de 1980 “para que aflojara cosas que no dije en la Federal de Seguridad”.

Después de pasar por las procuradurías General de la República y de Justicia del D. F., donde, con el mismo sistema de golpes y amenazas, se me obligó a firmar “mi declaración hecha ante el Ministerio Público”, misma que ni siquiera me dejaron leer, y aunque el Lic. Guillermo Andrade Glesler se presentó como nuestro defensor, en la Procuraduría del Distrito federal fue sacado en vilo por agentes policíacos de la oficina del ministerio Público y nada pudo hacer en nuestra defensa.

Fui trasladado junto con Amanda Arciniega Cano, Alfonsina Flores Ocampo y Jaime Laguna Berber a la Cárcel de Xochimilco el 12 de junio de 1980.

Durante 7 años de prisión, fui objeto y testigo de la represión que se practicó en los centros de reclusión. Todo el primer año en el Reclusorio Preventivo Sur fui sometido a interrogatorios con la anuencia del director y del jefe de vigilancia en turno. A mis familiares y amigos se les impidió el acceso a la visita.

En 1981, acusados de intento de fuga, Jaime y yo fuimos trasladados a la Penitenciaría del Distrito Federal y reclusos en una celda de castigo por más de un año. Antes de salir del Reclusorio y al llegar a la Penitenciaría nos dieron tremenda golpiza que para nuestra recuperación requerimos de dos meses de estancia en la enfermería.

En mi permanencia en la Penitenciaría de Santa Martha Acatitla, fue donde por primera vez aparecieron las secuelas de la tortura; sufrí diploplía<sup>31</sup>. Cabe mencionar que jamás se me procuró atención médica adecuada.

A finales de 1982, regresé al Reclusorio Sur donde por más de ocho meses estuve incomunicado. El 22 de febrero de 1983, se dictó sentencia en primera instancia, imponiéndome 36 años cuatro meses de prisión, que tras una apelación se redujo a 32 años.

Por último, el 4 de octubre de 1984 fuimos trasladados de nueva cuenta a la Penitenciaría de Santa Martha Acatitla, en donde el 24 de diciembre de 1985 salió libre Jaime Laguna y donde hasta abril de 1987, el que esto escribe permanecía en calidad de preso político.

El 29 de agosto de 1989 en lo que se consideró por el gobierno



en turno como una Amnistía silenciosa salí libre, bajo la modalidad de libertad condicionada. Afortunadamente las secuelas físicas o psicológicas en mi persona no han vuelto a aparecer. Este testimonio fue escrito desde la prisión y entregado a organismos nacionales e internacionales de defensa de los derechos humanos, particularmente para ser presentado ante la organización de las Naciones Unidas, en el grupo de trabajo sobre desapariciones o detenciones forzadas de personas. Ello, permitió que grupos de Amnistía Internacional nos reconocieran como presos de conciencia e iniciaran una batalla permanente por nuestra libertad, enviando cartas y telegramas a los presidentes en turno desde José López Portillo, Miguel de la Madrid y Carlos Salinas de Gortari pidiendo nuestra excarcelación.

# Irineo García Valenzuela

30 de abril de 1981

*Irineo García Valenzuela nació en Huatabampo, Sonora y estudió en la Normal Rural de El Quinto, terminando como profesor de educación primaria. Fue detenido en la colonia La Ladrillera de Ciudad Obregón, el día 30 de abril de 1981 y liberado por la DFS-Grupo Jaguar el 28 de agosto en los alrededores de la Ciudad de México tras haber estado meses secuestrado en cárceles clandestinas de ciudad Obregón, Hermosillo, ciudad de México y Guadalajara. En las peores condiciones de salud se trasladó hasta su lugar de origen, donde lejos de amedrentarse decidió participar con más bríos. En septiembre se trasladó a Guaymas donde, en la casa que rentaba Gonzalo Esquer Corral, grabó en casetes de audio y redactó el testimonio de su detención, auxiliado, dado su precario estado de salud, por los militantes de la Liga Comunista 23 de Septiembre “Gloria”, Víctor Acosta Ramos “Andrés”, Gonzalo Esquer Corral “René” o “Alberto” y David Cilia Olmos “Demetrio”.*

*A mediados de octubre se trasladó a la Ciudad de México, donde sería de nueva cuenta detenido, en esta ocasión junto con el ex-presos político Román Barrón Gurrola “Salvador” o “Jacinto” el 8 de noviembre de 1981, en el marco de la gran cacería que se estableció contra la Liga Comunista 23 de Septiembre, en la cual resultaron desaparecidos -hasta la fecha— 13 militantes.*

**L**os camaradas “T”, (Rafael Ochoa Quintana) y “G”, (Mauricio Miranda *Gastéllum*), salían el 29 de abril del presente año a cumplir una actividad revolucionaria que el movimiento exigía en aquel entonces. Esta actividad se llevaría a cabo en la Preparatoria Popular Valle del Yaqui y en algunas colonias *proles*<sup>32</sup>. Dicha labor consistía en volantes, pegas y periódicos que llamaban a festejar combativamente el primero de mayo, fecha que conmueve a nivel mundial a las clases explotadas, día en que han caído muchos hermanos por la causa de la liberación del yugo capitalista.

Al bajar de mi trabajo, ya que me encontraba picando un esténcil para hacer un llamado a los estudiantes de la Normal de

El Quinto, fui a cerciorarme si aún no se habían retirado, pero ya lo habían hecho. Continué trabajando y al culminar y saber que aún no regresaban, considerando que era suficiente tiempo para que lo hicieran, opté por arreglar el archivo y recoger lo indispensable para retirarme a casa; para entonces ya eran las siete de la mañana. Al dar la retirada prácticamente ya la libraba, pero al siguiente día, que fue 30 de abril, fui a checar una casa de la organización en Navojoa y al hacerlo observé que *traía cola*<sup>33</sup>, ya que era suficiente tiempo para que la *tira* se enterara de esta *infra*<sup>34</sup>, aparte de que un perro vivía cerca de la casa y posiblemente al haber caído el compa Rafael sacara a flote la *infra* de Obregón y Navojoa y éste, lo deduzco, al ir yo a la casa de Navojoa me reconoció o tal vez encontraron un recibo en la *infra* de Obregón.

El primer carro que me seguía era un ford gris grande, el segundo, un blanco, grande; al percatarme de ellos preferí irme a la *infra* de Obregón que regresar a casa, ya que tenía el archivo ahí, podrían dar con él y los problemas se complicarían. Me fui a la central y tomé el autobús hacia Obregón, pero también en la central ya me esperaban, puesto que se habían comunicado. Tomé un taxi y me dirigí a la casa aunque lo más viable sería buscar un lugar para el enfrentamiento. Me bajé una cuadra antes de llegar a la *infra* cuando vi a tres hombres que se acercaban presurosos tras de mí y deduje que eran *tiras*; saqué la pistola y les hice frente hiriendo a uno en un costado, de eso estoy seguro. También uno de ellos lo hizo, pero no me logró dar ninguno. No continué tirando porque se embolsó la pistola, intenté correr y volver la pistola a su normalidad pero no hubo oportunidad. No quedó otra alternativa sino luchar cuerpo a cuerpo, ahora ya eran unos diez y más que salieron de la *infra*; logré derribar a cinco e intenté alcanzar cualquier disco de los *tiras* pero no lo logré. Me cayeron a culatazos con las *metras*<sup>35</sup> y pistolas partiéndome un labio; me trasladaron a la Escuela de Policía, donde los perros y perras que se preparaban en la milicia, prestos para reprimir al que atente contra sus amos, estos gorilas al verme se enfurecieron y cada vez iba en aumento su furia, que descargarían salvajemente sobre mí, sólo esperaban la orden del gorila mayor. En el primer momento que se oyó “empiecen”, desesperados por descargar su furia, hacían gala de su instrucción represiva, aumentándola aún más al saber que había derribado a cinco de su jauría antes de la

58

detención. Me encontraba vendado y esposado de las manos, aun así, con los primeros golpes no tenía tristeza, mi semblanza de revolucionario continuaba firme. No abrí los labios para delatar a mis hermanos porque sabía perfectamente que era el principio y sólo eran las primeras caricias que me daban las huestes burguesas.

Después de haber hecho su práctica sádica, me condujeron a un cuarto a que me tomaran fotografías y huellas digitales, y al interrogarme lo que me preguntaron fue: qué profesión tenía, cuál era mi nombre legal, grado de estudios, dónde vivía, a cuántos militantes conocía, dónde tenía el dinero del reciente operativo, cuánto tiempo tenía militando en la Liga. A ninguna de las preguntas respondí.

Posteriormente me llevaron a la cárcel que se localiza por la carretera internacional; en ese lugar me quitaron la venda que tenía en los ojos, que era mi camisa y me pusieron otra pero muy fuertemente amarrada. Sentía que la cabeza me iba reventar y me esposaron colocando las manos para atrás y me amarraron los pies fuertemente con un mecate, el cual entre dos perros estiraban. Sentía que el mecate se me introducía en la piel y estos perros se reían y gritaban: “si es posible a este cabrón hay que amarrarlo más fuerte, porque todavía se nos puede pelar, no conocemos sus mañas”. Me introdujeron un trapo en la boca y empezaron a echarme agua por la nariz y la boca; sentía que los pulmones me iban a estallar y la respiración se me cortaba. Esto es muy desesperante, mientras ellos se mofaban diciendo: “es mucha el agua de la presa, no te la vas a acabar, si te la acabas, tú la vas a pagar, ¿no ves que te la éstas tomando?”

Yo podía observar cómo la panza subía de volumen, la veía bastante fuera de lo normal y cuando ya me llenaba, expulsada el agua y el chorro alcanzaba de un metro a un metro y medio de altura, esto por la presión que hacía para expulsarla. Durante el tiempo que duró la tortura, nada más me preguntaban: “¿Dónde tienes el dinero?” o “¿Tienes un clavo?” Estos gorilas se preocuparon más por el dinero que por otros compas de la organización.

Al término de *la calentada*<sup>36</sup> me subieron a una camioneta y me llevaron al aeropuerto para trasladarme a Hermosillo. Al llegar

a Hermosillo me llevaron a gobernación y me presentaron ante dos perros que se hacían llamar de la Brigada Blanca y que decían que le ponían en la madre a la Liga cada vez que querían. Estos perros antes de interrogarme se pusieron de acuerdo porque hablaron en voz baja, después se sentaron a un lado de mí, junto a un escritorio y me pidieron que hablara por las buenas antes de que me tocaran o de lo contrario siempre tendría que hablar a la hora de los chingadazos, ¿qué prefería?

Al ver que no respondía, un perro desesperado sacó una *fusca*<sup>37</sup> y me dijo: “mira qué bonita pistola, con esta hasta gusto da que lo maten” y de repente dijo: “Habla o te partimos la madre”. Con más furia que nunca cogió de la cacha la pistola y me picó las costillas, después la agarró del cañón y extendió el brazo para descargarla en mi rodilla. Sentí que me había desgarrado la rótula y al observarme la rodilla vi roto el pantalón y brotaba la sangre. Ordenó que me pusieran de pie y por más esfuerzos que hacía yo, no lo podía lograr porque la pierna me dolía bastante por el golpe y un *tira* dijo: “yo le voy a dar la manita para que se levante éste compita pues yo entiendo que a los que no pueden con el mandado hay que ayudarles, ¿verdad?” Y sacó unas pinzas de un cajón y me jaló las orejas hasta levantarme. Como seguía firme, me ataron los pies y manos para continuar la tortura y un perro dijo: “espérate vamos a ver qué tan hombrecito es este cabrón; veremos si es muy fuerte, de esos queremos para hacer un poco de ejercicio, hace tiempo que no muevo los músculos”.

Pero no comenzaron el calentamiento sin antes presentarme al compa Mauri, (Mauricio Miranda Gastéllum). Éste afirmaba que yo controlaba el trabajo en Obregón y en Navojoa y era dirigente de esa zona y que también conocía a Román, (Román Barrón Gurrola), a “L” y a “René”, (Gonzalo Esquer Corral). Con base en eso, estos cabrones dedujeron que tenía que conocer a más compas, casas de seguridad, etc. Después me mostraron la foto de Román, que si no lo conocía, les dije que no y dijeron: “¿Cómo no lo vas a conocer si lo encontramos en tu casa y dice Mauricio que lo conoces?” Ahora más furiosos que nunca se desesperaron por iniciar el calentamiento cuanto antes, me ataron de los pies y manos, me vendaron y procedieron a echarme tehuacán por la boca. Otro *tira* bailaba y brincaba sobre mi estómago, ya se brincaba al piso y se brincaba hacia la panza. Logré terminarme

varias botellas de tehuacán y no rindieron fruto sus calentamientos, por lo que optaron por otros métodos. De por sí ya sentía los intestinos rotos y parecía que los iba a vomitar.

Este otro método consistió en que me ataran los testículos y el pene con alambre. El dolor era tan inmenso que ya no lo soportaba y estos alambres los pusieron directos con la corriente e iniciaron a soltarme la descarga. Parecía que me levantaban en los brazos y me dejaban caer al piso, pero la misma corriente me levantaba y la cortaban de un golpe para que cayera. Sentía que los testículos se movían a una gran velocidad y en veces se me iban hasta el estómago, como buscando dónde refugiarse. Me preguntaban lo mismo que en la primera calentada: qué casas de seguridad conocía, cuál era la efectiva, dónde se encontraban Román, “L”, “René”, a cuántos más conocía, en qué lugares tenía citas y con quiénes. A ninguna respondí.

Me preguntaron también si había vivido en Hermosillo, les respondí que sí; estos perros se sonrieron porque pensaban que habían dado con el objetivo y, tan pronto como suspendieron el calentamiento, ordenaron que los trasladara a la casa que conocía. Me subieron a una combi, eran unos diez perros los que me acompañaban, se armaron hasta los dientes listos para tener el enfrentamiento, pero grande fue su sorpresa al investigar que la *infra* a la que los llevé tenía bastante tiempo que la habíamos abandonado. El recorrido a esa casa lo hicimos en una combi verde; estos tiras a cada momento me amenazaban: que observara bien las calles, ya que era la última vez que paseaba por ellas, que ya ni el presidente de la república, que es tan importante, andaba tan bien vigilado como yo, que me debería sentir satisfecho por ello. Unos me pegaban con las pistolas en la cabeza, otros más me cacheaban.

Al regresar a Gobernación no fue menos, ya que estos perros no cabían de coraje y cuando llegamos dijeron: “ahorita vas a ver lo que te va a pasar por engañarnos”. Entre tres tiras se disputaban para patearme, todos estos golpes los recibí en el estómago; otros más me pateaban en la espalda, costillas y muslos. Me caía continuamente por los golpes, pero me levantaban de nuevo y continuaban. No conformes con eso se apoderaron de dos garrotes forrados con hule, con los cuales me dieron toques y empezaron a apalearme. Me caía casi de cada golpe y me pararon en la esquina

del cuarto para que no me cayera, hasta que ya no supe de mí. Volví en sí cuando me encontraba acostado en el agua de los baños; regresaron los gorilas a ver si estaba bien, pasaron a vendarme y a atarme y me llevaron a una celda que estaba a un lado de la de los otros compas. Al día siguiente me levantaron y me calentaron: que si con quién tenía cita, les dije que con René, dónde, me preguntaron, les dije que por la Veracruz, la calle que se localiza antes de llegar al restaurante con ese mismo nombre. Al asistir a esas citas y viendo que los había engañado me cayeron a palos y a patadas de nuevo, perdí el conocimiento. Al volver al conciente me tomaron huellas digitales, fotografías, nombre legal. Puesto que un *tira* que ahí laboraba conocía a mi jefe, opté por darle mi nombre de profesión. Después de eso, como era el primero de mayo y saben que la organización siempre realiza trabajo con los obreros, me preguntaron que si iban a participar simpatizantes en las marchas, qué consignas corearían, qué pancartas llevarían, les dije que las propias de la Liga y fueron las siguientes: “¡Viva el socialismo, muera el capitalismo!” “Hagamos de este primero de mayo un mayo rojo y combativo”. “Ricos cabrones, por eso están panzones”. “Esos son esos son los que al panteón irán”.

Los *chotas*<sup>38</sup> fueron a la marcha para ver quiénes coreaban esas consignas y pancartas, para detenerlos y encerrarlos. Al ver que nadie las coreaba, volvieron a la carga con garrotazos; ahora más continuamente perdía el conocimiento. Ya por la tarde no me tocaron porque leyeron el periódico y se enteraron que ya había salido un artículo sobre nuestra detención y que no era necesario tenernos ahí, ya que la Liga sabía de lo nuestro y lo conveniente era pasarnos a México.

Yo ya no podía incorporarme para hacer mis necesidades, tomar los alimentos o taparme con las sábanas; como estaba con los compitas, éstos me levantaban y acostaban. Esos perros habían descargado toda su furia contenida. Al día siguiente, que fue el sábado, serían más o menos las cuatro de la tarde cuando nos trasladamos al aeropuerto en un coche o *pulmonía*<sup>39</sup> para llevarnos a la ciudad de México. Nos subieron a la avioneta y emprendimos el camino hacia ella. Al llegar nos llevaron a una cárcel clandestina, en unos baños nos dejaron. En este lugar a cada momento éramos objetos de juego, ya que cada perro que llegaba

nos pateaba. A los dos días de haber llegado nuevamente fui interrogado: en cuántos asaltos y expropiaciones había participado, cuántos *chotas* había eliminado, cuántos más conocía, quiénes me ayudaban a escribir para “*Barricada Estudiantil*”. En vista de que ya sabían de “*L*”, *René* y Román, les comunicué que ellos me ayudaban y dónde se les podía encontrar y, como no daba respuesta a las otras cuestiones, volvieron a hacer su aparición las calentadas. Esta calentada consistía en tehuacán con chile, me echaron en los ojos boca y nariz y, posiblemente en el calentamiento, al preguntarme si conocía *infras* en Guadalajara, moví afirmativamente la cabeza, pero eso fue de manera inconsciente. Tan pronto como se dieron cuenta de lo que afirmaba, suspendieron el calentamiento y de nuevo me metieron a las regaderas a mojarme aún más, así en esta forma tuve que dormir y logré secar la ropa con la temperatura del cuerpo.

Pasaron dos días y me llevaron a Guadalajara a buscar la *infra* de la cual hacía mención. Cuando me sacaron, me sacaron vendado y no pude observar nada, además tenía un agudo dolor de cabeza y todo ese día no tomé alimento alguno. Al llegar a Guadalajara, que serían más o menos las dos de la tarde, me pidieron que los llevara a la colonia y calle donde se encontraba la casa de seguridad; al ver que no sabía de qué me hablaban, que yo no sabía qué casa y colonia y mucho menos conocía Guadalajara, con más coraje y presurosos hicieron los preparativos para de nuevo torturarme: me ataron los pies y manos, me vendaron, me recostaron sobre una tabla y me introdujeron un trapo en la boca, me apretaron las narices con unas pinzas y empezaron a darme agua. Uno brincaba del piso hacia la panza y bailoteaba sobre ella, otro me golpeaba con las manos a puñadas en los oídos -ya no oía nada- otro más me dio toques en los testículos, ano y boca. Me pusieron como blanco para tirarme botellas de refresco y se mofaban: “ni qué Fernando Valenzuela, con este *catcher* que tenemos poncho a cualquier cabrón por muy bueno que sea”, decían y se carcajaban.

En estos calentamientos participó un *tira* que me conoció en la Normal Superior; también vio al compa “*René*” en algunas ocasiones y conoció legalmente al compa “*Ariel*” (Marco Antonio Arana Murillo). Él es el que dijo que yo conocía bien a los otros compas y que por lo tanto debería saber también sus domicilios y



dónde se encontraban en esos momentos. Por lo tanto esos compas deben tomar sus medidas, posiblemente se introduzcan estos *chotas* en la Normal Superior a investigar.

Eso es todo lo que lograron obtener en Guadalajara. Al siguiente día me sacaron de esa cárcel, como a las 11 de la noche, para llevarme a la Ciudad de México. Esos dos días que estuve en Guadalajara no comí y tampoco tomé agua; me bañaron con la ropa, me esposaron, vendaron y acostaron con la cabeza hacia abajo en una madera. Pasaron algunos días sin calentarme, después un *tira* llegó con la noticia de que nos iban a liberar, que esa era la gran sorpresa, pero que nos iban a sacar vendados de ese lugar para que no ubicáramos esa prisión. Lo que pasó fue que vino otro grupo de perros y nos echaron en una combi para cambiarnos de cárcel.

Cuando salí de esta cárcel sentía rotos los intestinos, si tomaba cualquier alimento o agua sentía que los iba a vomitar y le dije al compa Rafael que me diera una sobada, ya que me sentía muy mal del estómago, tenía dolor de cabeza, el cuerpo muerto y me flaqueaban las piernas. El *tira*<sup>40</sup> que nos vigilaba me oyó y dijo: “eso no es nada buey”. Continuó diciendo que no habían logrado sacar nada de mí y hasta que sacara todo a flote dejarían de calentarme, que dijera todo antes de que me dejaran peor. El compa Rafael en ese lugar dio el nombre legal de tres compas, creo que fueron “*Fernando*”, “*Carlos*” y el otro no lo recuerdo, y dijo que uno de ellos había renunciado, que los otros posiblemente se movían en México y Hermosillo, ya que era “*Ariel*” el que los jalaba, que el compa “*Ariel*” era listo y que estuvo al frente de un grupo denominado “COPIN” antes de que lo expulsaran. Es obvio que los *tiras* se imaginaron que conocía a más gente de la Normal de El Quinto. El compa Mauricio se portó muy bien, ya que dijo que conocía a “*Jacinto*” (Román Barrón Gurrola o “*Salvador*”) y a nadie más, ya que sólo tenía tres meses en la Liga. El compa estuvo muy bien al decir que ese tiempo había permanecido con nosotros en la *infra* que cayó, que no me conocía ni a mí porque el tiempo que estuvo entre nosotros estuvo *clavado*<sup>41</sup> y, como era un nuevo militante, no era necesario que reconociera a otros militantes. Rafael dio el retrato hablado de “*L*” y “*René*”, yo los certifiqué y opté por deformarlos en todo lo que pude, diciéndoles a los *tiras* que les faltaban algunos detalles. Compa, se pueden

decir fotos habladas pero que no sean de la organización, las puedes inventar, ya que los tiras nada más lo hacen para intimidarlo a uno porque ¿cómo van a saber si son o no los compas? Esto lo comprobé porque me presentaron fotos habladas que hizo “*El Viborita*”, o sea Eladio Flores Torres, que se asemejaban en algo a las de Rafael, y les dije que mentían en algo esas fotos, ya que yo me encontraba más de cerca que aquellos y los conocía mejor en detalle, es así como logré deformarlos. Entre las fotos habladas del *Viborita* también estaba la del compa *E*, no lo conozco pero los tiras lo mencionaron. Eso fue todo lo que nos investigaron en la primera cárcel clandestina donde permanecemos unos 25 días.

En el nuevo cautiverio clandestino permanecemos como una semana los tres porque después nos separaron. En ese escondrijo nos trataron mejor y, aunque no dejaron de patearnos, los *tiras* nos dieron cobijas para dormir y comida. Cuando apartaron a los compas no supe para dónde los llevaron. También a mí me pusieron en un lugar apartado e iniciaron de nuevo las *calentadas*. Los interrogatorios fueron semejantes a los que hacían los tiras que me interrogaban en la primera mazmorra: primero que echara los nombres legales de los compas, dónde vivían y sus grados de estudios y dijeron que los otros compas ya lo habían dicho todo y que ya los habían soltado, que no tenía por qué ser honesto, ya que Sarmiento (David Jiménez Sarmiento), que era más fregón que yo, nunca fue honesto a la causa, que éste nada más guardaba la feria que sacaba de los bancos y que tenía mejor vida que los burgueses, que yo era un tonto al querer guardarlo todo, que si ellos no me eliminaban me eliminaría la Liga, que era muy joven, que tenía oportunidad de emprender otra forma de vida, máxime si tenía estudios, que ellos me alivianarían, que no era posible que perdiera la vida nada más para encubrir a unos cabrones que me habían utilizado para hacerse ricos a costa mía y que si acaso yo fuera honesto nada más seríamos dos, porque mencionaban a una chava que tampoco quería decir los nombres de unos compas. En fin, una serie de cosas que decían... Como no les respondía nada, dijeron: “bueno, tú lo has querido, aquí te vamos a hacer chiquito a chingadazos”.

Yo ya no sentía miedo por las calentadas, ya que las conocía a la perfección y no las sentía. Hasta esta tortura eran los mismos

métodos los que utilizaban: me ataron de las manos y de los pies, me vendaron, me pararon y cuando no esperaba el golpe aún, me lo propinaron: fue un *tira* que al darme un puñetazo abarcó casi todo el estómago y me sacó todo el aire. Duré como unos tres minutos sin poder agarrar aire y me acostaron sobre una madera; cuando sentí que uno se subió en la panza esperaba que me dieran agua o tehuacán, mientras otro más me daba fuertes manotazos en los oídos. Esta vez me dieron tehuacán con chile, primero en la boca, después en la nariz, culminando con el ano y los ojos. Realmente, en el momento que me interrogaron no oía nada y sangraba por las dos orejas, seguramente pensaron “sigue ocultando, cabroncito” y de nuevo vinieron las torturas, sólo que esta vez me ataron de las manos contra un muro y otro se daba a la tarea de amarrarme los testículos y el pene y los estiraba tan fuerte que parecía que se me desprendían; sentí que los músculos se estiraban desde la panza, tan fuerte que casi me levantaban.

Cuando terminaron de torturarme me presentaron a una chava desnuda que también tenía varios golpes en el cuerpo, ya que las cicatrices los denunciaban. Me dijeron: “no te gustan las viejas o eres homosexual, eso te decimos porque queremos que te diviertas con esta vieja, ya está lista, es cuestión de que le brinques o le entremos nosotros antes de que nos ganes”. Les dije que sí le entraba pero que estaba enfermo de los hongos y que si ellos no la iban a utilizar lo haría yo y podría infectarlos. “Ni creas cabrón que te vamos a pasar a esta preciosura”. Uno primero empezó a palpar a la chava por todo el cuerpo hasta que hizo la relación sexual. Siguieron cuatro más, nomás terminaba uno y seguía el otro y me decían: “espérate otro tiempcito, para ti también tenemos de sobra, no te pongas celoso”. Esta chava tenía tez blanca, pelo negro ondulado, entre 1.55 y 1.60 de altura, estaba delgada, se veía muy débil. Una ocasión que lavé los platos le dije que era de la Liga, la chava no me respondió, sólo echó una mirada; ahí mismo nos cayeron a palos, que no deberíamos de platicar.

Como a las dos horas del primer calentamiento se dejaron venir otros perros comunicándose entre ellos, diciendo que me calentaran de nuevo, que era urgente que me sacaran todo, esto es cuanto los oí hablar. Me levantaron y de nuevo, cuando no esperaba una tortura, me golpearon fuertemente la nariz y después

el cuello; este golpe me dolió algo porque parece que se había inflado hasta el cerebro y uno dijo: “vamos a dejarlo”, y me volvieron a acostar. Tenía bastante sueño y hambre, no pude dormir, el perro que llegaba me pateaba y se sentaba en la cabeza mofándose, o creía que era silla, otro decía: “voy a guardar esta escoba” y me picaba con la punta del palo el ano. Decían a carcajadas que no fuera flojo, que esos golpes que me daban eran para que no durmiera y no me echara el vicio de la flojera, que mejor se los debería agradecer, que no me daban comida porque no había trabajado, ni agua porque se las cortaron por no tener dinero con qué pagar, pero en el primer momento que consiguieran me la iban a facilitar.

La alimentación que me dieron después de dos días sin comer fue: de desayuno, un plato de chiles bien picosos, sin darme agua porque decían que me podía caer mal en el desayuno, de comida, dos migajones de pan vapor, de cena, un vaso de agua fría y una taza de café muy caliente.

Las calentadas eran a diario, sentía los testículos muy grandes, la nariz como que me había crecido, el tórax estaba muy flojo, no oía, tenía los oídos reventados y a las 10 de la noche me bañaban con agua fría y se mofaban: “es un burro este cabrón o es loco, por qué se baña con agua fría, yo ni siquiera la puedo tentar con la punta de los dedos, si está loco lo vamos a correr, aquí no queremos de esas gentes”, eso decían estos perros. En ese lugar duré cerca de una semana sin tener noción del tiempo.

Al transcurrir una semana me sacaron y me comunicaron que me llevarían a la central ferrocarrilera de Buenavista, que mi trabajo sería localizar a posibles compas que conociera que vinieran a citas o correo, que en cuanto los localizara los señalara antes de que ellos los localizaran; o, de lo contrario, me liquidarían junto con los que cayeran. Me llevaron a recorrer colonias *proles* de México, esto lo hacían con el fin de localizar a gente de la *orga* o para que encontráramos casas que reunieran las características de la organización. El móvil en que me sacaban era una combi verde tenue, delante de la combi iban dos carros, en cada carro iban cinco o seis guaruras. La hora de llegada del ferrocarril es a las 10 de la mañana; estacionan los carros donde se encuentran los taxis y demás móviles, la combi es estacionada en la orilla del andén y también en la acera que está frente a los dos

puertas de la central. Los perros se colocan en lugares estratégicos, como en las dos salidas y entradas de la central, algunos se introducen dentro de la central, como esperando viaje, otro se ponen a platicar con las chavas en el andén.

Este trabajo lo hacen a diario, ¿cómo no lo van a hacer si obtienen fabulosas ganancias? ¿Como las obtienen? Deteniendo y despojando de sus pertenencias a los pasajeros, utilizando cualquier pretexto, como haciéndolo culpable de algún delito que se llama tal y que no lo niegue porque le va peor, que por fin cayó en manos de la policía, que tenían tiempo buscándolo, que lo llevarán a Gobernación para que lo encierren y un sinfín de cosas más. “Bueno, te vamos a pedir una feria y te soltamos, al fin el jefe no va a saber que te habíamos capturado”, les dicen. Muchos les dan sus relojes, otros dinero, esto no es más que un ejemplo y en caso de aquel individuo que al bajarse quiera anotar la placa del automóvil, de nuevo lo aprehenden y le dan una calentada dentro del móvil.

Cuando regresamos del primer recorrido, ordenaron otro calentamiento. De nuevo me ataron y vendaron, calentaron un fierro del grosor de un palo de escoba y me picaron las costillas con él; ya ni lo caliente me hacía. Un *tira*, que era el que me estaba picando, tocó la parte caliente del fierro y lanzó un grito por el dolor quemante, “este cabrón ni se mueve y tú ya estás llorando”, le dijeron y uno de ellos dijo: “vamos a ver si es cierto que no le hace” y me quitaron el pantalón, me acostaron boca abajo, me abrieron los muslos y con el fierro me picaron el ano. Con el segundo piquete que me dieron me desmayé, perdí el conocimiento, “¿no que no, cabrón?, habla hijo de la chingada o aquí te va cargar tu madre” y de nuevo seguí firme sin decir nada. “No señores, me podrán partir a puros golpes, pero es que no puedo decir lo que no sé, ni tampoco delatar a personas que no conozco, piensan que los estoy ocultando, ¿por qué los iba a ocultar si a mi me vale madre ya cualquiera de ellos, si yo tengo mi título y el respaldo de ustedes para agarrar cualquier trabajo? Bueno si piensan que los oculté pueden continuar y hacer lo que ustedes quieran de mí”.

Eso les dije compitas a estos vampiros, pero al otro día, excitados por la nueva tortura que me aplicarían, me gritaron: “te traemos nuevas bato” y me vendaron de nuevo, me ataron las

manos a una madera de tal forma que quedaron los dedos abiertos, me enredaron alambre en la mano izquierda, también me ataron de los pies con alambre y a la par que me daban los toques me clavaban unos clavos en la mano derecha. Duré inconsciente mucho tiempo, quizá horas. Cuando volví en si me dolía bastante el brazo, lo último que me hicieron fue echarme un líquido en la cara e incendiármela. Ya con cualquier dolorcito que sentía, sobre todo si las torturas eran aplicadas en zonas aún no afectadas, perdía el conocimiento. Estas fueron las últimas torturas que recibí durante mi estancia en las cárceles clandestinas.

Transcurrieron dos semanas después de la última tortura y trajeron de nuevo a los otros compitas. Estos compitas permanecieron conmigo cerca de una semana, pero en este corto periodo eché una platicada con el compa Rafael y con Mauricio, ya que hubo una oportunidad de hacerlo. Le comuniqué a Rafael que si la librarian primero que yo, en caso de ver a un compita que tuviera relación con la organización, que tomaran sus medidas “*René*” y “*Ariel*” por la posible investigación que podría hacerse en la Normal Superior. Posteriormente un perro vino con la noticia de que nos iban a liberar a los tres.

Sí, es cierto, nos sacaron de esa cárcel pero nada más liberaron a los otros dos compitas. El compita Ariel se quedó en la misma cárcel o al menos eso pienso yo, porque cuando salí todavía lo oí toser y hablarle a un perro, le dijo: “oficial llévame al privado”, entonces reconocí de nuevo la voz de Ariel. El compita Ariel estaba en buenas condiciones, eso noté, ya que no se quejaba de nada al momento que hacíamos los ejercicios y en una de esas, cuando nos sacaron, me dijo: “soy *Ariel* me dicen *El Charro*, tú eres *Tomás*, Irineo?” le respondí que sí. “¿Cómo te encuentras?” le dije. “Bien”, me respondió. Fue todo lo que pudimos platicar porque después nos separaron.

En la tercera cárcel clandestina donde me mantuvieron, no sé ni dónde fue, no recibí ninguna tortura. No sé qué tanto tiempo duré en ese lugar puesto que no sabía cuándo era de noche o de día, ni la hora, nada que me informara el tiempo. El día que me liberaron eran más o menos a las siete de la tarde cuando me llevaron en una camioneta a la carretera que conduce a Querétaro. No pude observar el móvil, ya que los perros me pusieron sobre aviso: “si volteas o ves el móvil te fusilamos”. Y así fue que

cuando me bajaron, no podía caminar, sentía bien débiles mis piernas, me habían dado \$50 al bajarme, pero otro *tira* me quito \$ 30 diciendo: “a este cabrón, si es posible, hay que mandarlo desnudo o lo cocemos a balazos”. A pesar de tantas torturas que me dieron estos gorilas del orden burgués, nada más delaté lo que en el curso de mi relato mencioné y esto porque el *tira* de Guadalajara contribuyó a ello.

Características de *tiras*, móviles y cárceles que logré observar y percibir durante mi estancia en cautiverio

Carros: En Hermosillo se mueven dos combis volkswagen, una verde subida y otra verde tenue y una cremita. Estas combis se identifican fácilmente porque andan una *perra güera*, alta, bien parecida, cuerpo regular y otra morena, cuerpo atlético, dientes atravesados. Cuando se vienen al jale a Gobernación [...] los demás son puros *tiras* panzones. El recorrido que hacen estos gorilas es por la Matamoros, Veracruz y Reforma, por donde están Supertortas, el Hospital General y la Rosales. Tener cuidado por esas calles y no poner cita en la Ford que está cerca de la Universidad, el Colegio Central, Supertortas o la tienda de huevo fresco que está por la Revolución.

En México, la primera cárcel clandestina donde fui interrogado y torturado presenta las siguientes características: está cerca de una cafetería por la calle Ponciano Arriaga entre 4 y 5, creo que está en el centro porque hay bastante tráfico. De la dirección supe porque un *tira* que nos traía tortas en el envoltorio llevaba ese pedazo escrito; el *tira* queriendo despistar se lo trozó. En este lugar se localizan muchos carros, parece estacionamiento de carros. Esto lo logré observar cuando me sacaron a Guadalajara y de regreso se localiza un cerro que tiene una altura de unos 400 ó 500 metros. Los carros de los *tiras* son grandes, al llegar en la noche de Guadalajara logré observarlos.

¿Qué características de *tiras* logré observar?: un chavo como de unos 20 años, blanco, pelo ondulado, delgado, de 1.55 a 1.60 de estatura, se hace pasar como estudiante de la UNAM. Un señor grande, güero, pocas canas, estatura de 1.70 metros más o menos. Otro *tira* blanco, delgado, pelo quebrado. Otro perro gordo, moreno, afro, chaparro. Otro más güero, ojos azules. Estos gorilas

se visten bien, como todos los burgueses, son listos, se puede apreciar que tienen bastante preparación militar.

La segunda mazmorra tiene techo de lámina, construcción de material y madera, está retirada del tráfico, hay vacas y caballos. En este lugar trabajan varias perras. Hay una güera, estatura regular de 1.60, a las otras no las logré observar, nada más las oía platicar. También labora ahí el mandamás de toda la jauría, el Negro Durazo. En esta mazmorra es donde me pidieron identificar a unos compitas que habían pertenecido a la Liga o cuyas fotos habían caído con la del compa Román. Esto lo hicieron para ver si los conocía y dónde se movían. Entre ellos está un compita blanco, gordito, cara redonda, pelo quebrado, carrera de un lado, edad aproximada de 23 a 25 años. El otro de pelo chino, delgado, moreno. Entre ellos también está una chava blanca, pelo lacio, lunar en la cara, no recuerdo en que lado del pómulo. También me preguntaron que si no conocía a la más gruesa de la organización después del compa “Germán”, que ya andaban tras ella.

Por qué nos soltaron:

1. Posiblemente porque no éramos una pieza grande para la organización.
2. Por no tener delitos graves como operaciones bancarias, expropiaciones, liquidación de *chotas*.
3. Nos vieron un semblante como para no volver a integrarnos a la Liga.
4. Pensaron que era muy poco lo que sabíamos respecto a la Liga y que ya lo habíamos dicho todo.
5. Por engañar y hacer aparecer ante las masas como un triunfo nuestra liberación. Posiblemente esto lo hayan manejado los partidos políticos.
6. Utilizarnos como hilo para detectar a nuevos compas con los cuales pudiéramos tener relación.
7. Liberarnos y luego asesinarlos haciéndolo aparecer como accidente.

Bajo qué condiciones lo hicieron:

1. No volver a hacer contacto con la Liga. En caso de hacerlo, la próxima aprehensión sería para morir o ya sea que caigamos



en un enfrentamiento y nos llevemos a unos cuantos *tiras* por delante.

2. Para cerciorarse si hicimos contacto con la organización de nuevo, visitarán mi casa algunas gentes preguntando dónde trabajo o dónde estoy. Había gente vigilando mis movimientos.

Condiciones en las que quedé después de las torturas:

Físico: Cuando salí flaqueaba bastante de las piernas, no podía brincar, no podía levantar mucho peso, ni siquiera los objetos que lograba levantar fácilmente con anterioridad, porque las piernas no me respondían. Ejercicios como correr o nadar no podía hacerlos porque me dolía la cabeza todavía. Los golpes más duros fueron en la espalda y en el tórax. Donde creo que quede afectado fue del brazo derecho, producto de un golpe que me abrió la piel y hasta el momento de estar redactando este escrito, no puedo lanzar, tengo un ligero dolor en la cintura, no puedo permanecer de espaldas mucho tiempo.

Moral: al momento de liberarme la burguesía y perros me dan una oportunidad más para emprender con más firmeza y decisión el sendero revolucionario y redoblar energías para la causa del mismo. La cárcel es una escuela en la cual se reciben enseñanzas y descanso, nadie está exento de ella. Al salir ponemos en práctica todas aquellas experiencias, tanto de nuestra caída como de nuestro cautiverio, para emprender con más bríos el derrotero revolucionario. Transmitir las experiencias es contribuir al fortalecimiento de la organización y a evitar la caída de otros compañeros por la experiencia que ya debíamos haber asimilado.

Ahora más que nunca mi espíritu revolucionario se ha multiplicado, mis ánimos de lucha se han acrecentado para emprenderla contra este régimen asfixiante, represivo, explotador, capitalista. Todos los compitas sabemos que éste no caerá por sí solo, sólo caerá con el empuje del movimiento revolucionario del proletariado en general, con la lucha implacable hasta exterminarlo y liberarnos así del mundo de la miseria, humillación a que nos tiene sometidos esta minoría burguesa, y confirmar una nueva vida donde no exista explotación del hombre por el hombre, donde no exista hambre, donde todos seremos hermanos de todos; esta vida se llamará socialista.

Experiencias: Compitas, los *tiras* buscan las debilidades de cada revolucionario. “Como tu ya caíste, te va a llevar la chingada y, si no sueltas a los otros bueyes, tus hermanos van a responder por ellos. Si de aquí a dos o tres días no los delatas, torturamos a tus jefes y hermanos, violaremos a tus hermanas, si acaso las tienes, al fin y al cabo me imagino que todos son igual de guerrilleros que tú”. Es la forma en que te asustan y te intimidan estos perros. Como experiencia compitas, les comuniqué que los primeros golpes son los más duros, te buscan tus debilidades con los distintos métodos de tortura, si ven que con uno de ellos delataste, más te lo vuelven a aplicar. Por experiencia compitas, si no hablaste con agua, chile y tehuacán, ya no hablaste, ya que es lo más desesperante. Los golpes si duelen, así como las demás torturas de que hice mención, pero se soportan más fácilmente que lo del agua.

**Irineo García Valenzuela “Tomás”, Guaymas, Sonora, octubre de 1981**

---

## Notas:

<sup>1</sup> Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos.

<sup>2</sup> *El Universal*, 4 de febrero del 2003, entrevista con Nazar Haro.

<sup>3</sup> Diego Lucero, integrante del grupo guerrillero conocido como "*Los Guajiros*" una de las organizaciones armadas que más tarde constituirían la Liga Comunista 23 de Septiembre, y quien fuera detenido durante el triple asalto bancario en la ciudad de Chihuahua el 15 de enero de 1972, y muerto a manos de la policía durante las torturas a las que fue sometido.

<sup>4</sup> Nunca se supo si "*Daniel*" fue obligado a llegar al lugar por los agentes policíacos o si fue sólo una terrible casualidad su presencia en la casa. Hasta la fecha no se ha sabido de él.

<sup>5</sup> Mario Moya Palencia, Secretario de Gobernación, en el sexenio de Luís Echeverría y frustrado pre-candidato presidencial.

<sup>6</sup> La *bomba Stalin* era la mezcla de varias sustancias químicas, que a diferencia de las llamadas *bombas Molotov* no necesitaban mecha para ser encendidas, ya que al agitarse o impactarse en el blanco podían estallar, por ello era necesario manejarlas con más cuidado.

<sup>7</sup> Se refería a "*Daniel*", el joven que habían detenido, creyendo que era hermano de Raúl.

<sup>8</sup> Octavio Senties, regente de la Ciudad de México, durante el gobierno de Luis Echeverría.

<sup>9</sup> *Fierro*: Pistola.

<sup>10</sup> *Nos fuéramos*: que el detenido muera durante la sesión de tortura

<sup>11</sup> DFS: Dirección Federal de Seguridad, dependencia de la Secretaría de Gobernación encargada de la Contrainsurgencia.

<sup>12</sup> Servicio Médico Forense.

<sup>13</sup> Organización: Se refiere a la Liga Comunista 23 de Septiembre.

<sup>14</sup> *Brigada* era una de las instancias organizativas de base la Liga Comunista 23 de Septiembre.

<sup>15</sup> *Comanche*: Responsable de organismos al interior de la Liga Comunista 23 de Septiembre.

<sup>16</sup> Buró Militar: Instancia Militar de la Liga Comunista 23 de Septiembre.

<sup>17</sup> Órgano Central: Comisión encargada del periódico Madera órgano central de la Liga Comunista.

<sup>18</sup> *Repartiza*: Operación político militar de distribución de propaganda clandestina.

- 
- <sup>19</sup> *Expropiar*: Asaltar o sustraer bienes, para uso de la causa revolucionaria.
- <sup>20</sup> *Cuatros*: trampas, celadas, emboscadas.
- <sup>21</sup> *Muro*: Componente de un comando militar de la LC, que se encargaba de las labores de contención de las fuerzas enemigas en la periferia del escenario de acción y que protegía el desempeño del resto del comando.
- <sup>22</sup> *Aventar*: Confesar.
- <sup>23</sup> *Citas* entre dos militantes de la Liga Comunista 23 de Septiembre, cuya lugar y hora se mantenían permanentes y que se activaban cuando uno de los dos fallaba a una cita regular.
- <sup>24</sup> *Calientes*: torturas.
- <sup>25</sup> Brigada Blanca: Organismo creado por el presidente José López Portillo, para combatir la insurgencia, formado a partir de la Sección Segunda del Estado mayor Presidencial del Ejército Mexicano y que reunía a personal de diversas corporaciones policíacas del país.
- <sup>26</sup> Organización político-militar de los años 70
- <sup>27</sup> Organización paramilitar del gobierno, que perpetró actos de lesa humanidad contra luchadores sociales, activistas, revolucionarios y sus familias y cualquier persona que fuera sospechosa para ellos de pertenecer o realizar actividades subversivas, incluso a través de esta organización se cometían tropelías, asaltos y robos
- <sup>28</sup> Periódico de la organización Liga Comunista 23 de septiembre
- <sup>29</sup> Rudy: Rodolfo Resendiz, Comandante de la DFS y más tarde del Grupo Jaguar, participante en la desaparición de 13 militantes de la Liga Comunista 23 de Septiembre en el otoño e invierno de 1981-1982.
- <sup>30</sup> Jaime Laguna fue detenido a las afueras de la Preparatoria Popular Tacuba, en donde era profesor adjunto; el 12 de mayo de 1980. Al igual que Eladio Torres sufrió la tortura y la desaparición forzosa por más de treinta días. Estuvo preso cinco años ocho meses.
- <sup>31</sup> Técnicamente es el nombre de la visión doble, producida por la contracción del músculo central óptico, causado por un coágulo sanguíneo en el cerebro.
- <sup>32</sup> *Proles*: Proletarias.
- <sup>33</sup> *Traía cola*: Ser seguido por alguien.
- <sup>34</sup> *Infra*: Casa o local que formaba parte de la infraestructura de la Liga Comunista 23 de Septiembre.
- <sup>35</sup> *Metra*: Ametralladora ligera, metralleta.
- <sup>36</sup> *La calentada*: Tortura.
- <sup>37</sup> *Fusca*: Pistola.
- <sup>38</sup> *Chotas*: Policías.
- <sup>39</sup> *Pulmonía*: Vehículo abierto, tipo jepp, que realiza servicio de taxi.
- <sup>40</sup> *Tira*: Policía.
- <sup>41</sup> *Clavado*: Vendado o encapuchado, sin identificar el lugar o las personas con las que convive.



<p class="MsoNormal">La mayor parte de las muertes o desapariciones que datan de ese periodo en México, fueron cometidas fuera de combate, por militares o agentes gubernamentales, contra guerrilleros desarmados, inmovilizados, en cautiverio, y contra personas que muchas veces no tenían nada que ver con los combatientes, sino que fueron afectadas por ser familiares o vecinos de los activistas, o simplemente por —estar en el lugar equivocado. A esta represión ilegal e inhumana se le ha dado en llamar guerra sucia.